

Joseph Conrad

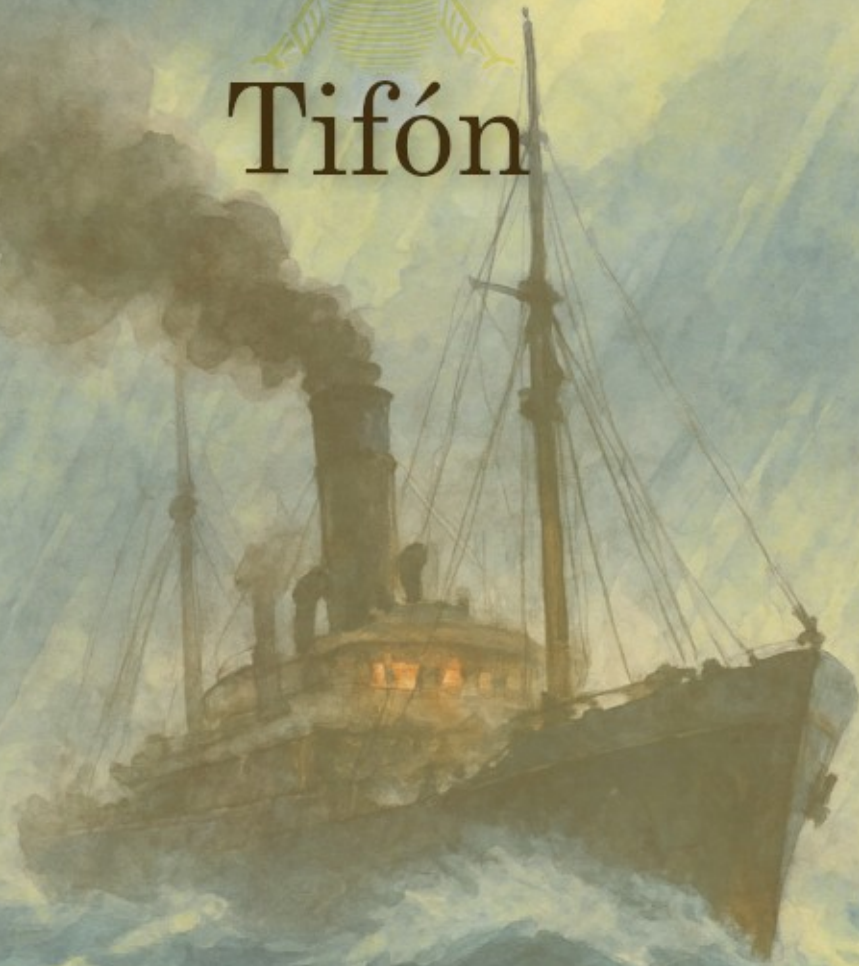
Tifón



E LEJANDRIA

Joseph Conrad

Tifón



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

TIFÓN

JOSEPH CONRAD

**PUBLICADO: 1902
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

TIFÓN

POR JOSEPH CONRAD

Tan lejos como el vigía en el mástil más alto

Puede ver a su alrededor sobre la calmada inmensidad,

Así de ancho era el salón de Neptuno... — KEATS

NOTA DEL AUTOR

La característica principal de este volumen reside en que todos los relatos que lo componen no solo pertenecen al mismo período, sino que han sido escritos uno tras otro en el orden en que aparecen en el libro.

El período es el que sigue a mi colaboración con la *Blackwood's Magazine*. Acababa de terminar de escribir *El final de la cuerda* y andaba buscan-

do algún tema que pudiera desarrollarse en una forma más breve que los cuentos del volumen de *Juventud*, cuando acudió a mi memoria el caso de un vapor lleno de culis que regresaban de Singapur a algún puerto del norte de China. Años antes había oído hablar de ello en Oriente como un suceso reciente. Para nosotros no era más que un tema de conversación entre muchos otros del mismo tipo. Los hombres que se ganan el pan en una ocupación muy especializada hablarán de su oficio, no solo porque es el interés más vital de sus vidas, sino también porque no tienen mucho conocimiento de otros temas. Nunca han tenido tiempo de familiarizarse con ellos. La vida, para la mayoría de nosotros, no es tanto un amo duro como uno exigente.

Nunca conocí a nadie personalmente implicado en este asunto, cuyo interés para nosotros no era, por supuesto, el mal tiempo, sino la extraordinaria complicación que introdujo en la vida del barco, en un momento de tensión excepcional, el elemento humano bajo su cubierta. Tampoco se extendió nunca la historia en mi presencia. En aquella compañía, cada uno de nosotros podía imaginar fácilmente cómo fue todo aquello. La dificultad financiera del asunto, que presentaba también un problema humano, fue resuelta por una mente demasiado simple para sentirse perpleja por nada en el mundo, excepto por las vanas habladurías de los hombres, para las que no estaba adaptada.

Desde el principio, la mera anécdota, la mera declaración, podría decir, de que tal cosa había sucedido en alta mar, me pareció un tema suficiente para la meditación. Sin embargo, no era más que un trozo de una historia marinera. Sentí que para sacar a la luz su significado más profundo, que para mí era bastante evidente, se requería algo más, algo distinto; un motivo principal que armonizara todos aquellos ruidos violentos, y un punto de vista que pusiera toda esa furia elemental en su lugar apropiado.

Lo que se necesitaba, por supuesto, era al capitán MacWhirr. En cuanto lo percibí, pude ver que él era el hombre para la situación. No quiero decir que alguna vez viera al capitán MacWhirr en persona, o que hubiera entrado en contacto con su mente literal y su temperamento intrépido. MacWhirr no es el conocido de unas pocas horas, o unas pocas semanas, o unos pocos meses. Es el producto de veinte años de vida. Mi propia vida. La invención consciente tuvo poco que ver con él. Si es cierto que el capitán MacWhirr nunca caminó y respiró sobre esta tierra (lo cual, por mi parte, encuentro

extremadamente difícil de creer), también puedo asegurar a mis lectores que es perfectamente auténtico. Me atrevo a afirmar lo mismo de cada aspecto de la historia, aunque confieso que el tifón particular del relato no fue un tifón de mi experiencia real.

En su primera aparición, el relato *Tifón* fue clasificado por algunos críticos como una pieza de tormenta deliberadamente intencionada. Otros destacaron a MacWhirr, en quien percibieron una clara intención simbólica. Ninguna de las dos fue exclusivamente mi intención. Tanto el tifón como el capitán MacWhirr se me presentaron como las necesidades de la profunda convicción con la que abordé el tema del relato. Era su oportunidad. También fue mi oportunidad; y sería vano disertar sobre lo que hice de ella en un puñado de páginas, ya que las páginas mismas están aquí, entre las cubiertas de este volumen, para hablar por sí mismas.

Esta es una reflexión tardía. Si se me hubiera ocurrido antes, tal vez habría eliminado la existencia de esta Nota del Autor; pues, en verdad, la misma observación se aplica a cada relato de este volumen. Ninguno de ellos es una historia de experiencia en el sentido absoluto de la palabra. La experiencia en ellos no es sino el lienzo del cuadro intentado. Cada uno de ellos tiene más de una intención. Con cada uno, la cuestión es qué ha hecho el escritor con su oportunidad; y cada uno responde a la pregunta por sí mismo en palabras que, si se me permite decirlo sin indebida solemnidad, fueron escritas con una consideración concienzuda por la verdad de mis propias sensaciones. Y cada uno de esos relatos, para significar algo, debe justificarse a su manera ante la conciencia de cada lector sucesivo.

Falk —el segundo relato del volumen— ofendió la delicadeza de al menos un crítico por ciertas peculiaridades de su tema. Pero, ¿cuál es el tema de *Falk*? Personalmente, no me siento tan seguro al respecto. Quien lo lea debe descubrirlo por sí mismo. Mi intención al escribir *Falk* no era escandalizar a nadie. Como en la mayoría de mis escritos, no insisto en los acontecimientos, sino en su efecto sobre las personas del relato. Pero en todo lo que he escrito hay siempre una intención invariable, y es la de captar la atención del lector, asegurando su interés y recabando sus simpatías por el asunto en cuestión, sea cual sea, dentro de los límites del mundo visible y dentro de las fronteras de las emociones humanas.

Puedo decir con seguridad que Falk es absolutamente fiel a mi experiencia de ciertos caracteres directos que combinan una crueldad perfectamente natural con una cierta cantidad de delicadeza moral. Falk obedece la ley de la autoconservación sin el menor recelo sobre su derecho, pero en un momento crucial de esa vida despiadadamente preservada, no se dignará a esquivar la verdad. Como se le presenta lo suficientemente sensible como para ser afectado permanentemente por una cierta experiencia inusual, esa experiencia tuvo que ser expuesta por mí ante el lector de manera vívida; pero no es el tema del relato. Si nos atenemos a los meros hechos, entonces el tema es el intento de Falk de casarse; en el cual el narrador del cuento se encuentra inesperadamente involucrado tanto en su lado despiadado como en el delicado.

Falk comparte con otro de mis relatos (*El Regreso*, en el volumen *Relatos de Inquietud*) la distinción de no haber sido nunca publicado por entregas. Creo que la copia se le mostró al editor de alguna revista que la rechazó indignado por el único motivo de que «la chica nunca dice nada». Esto es perfectamente cierto. De principio a fin, la sobrina de Hermann no pronuncia una sola palabra en el relato —y no es porque sea muda, sino por la simple razón de que cada vez que se encuentra bajo la observación del narrador, o no tiene ocasión o está demasiado profundamente conmovida para hablar—. El editor, que obviamente había leído el relato, podría haberse dado cuenta de eso por sí mismo. Aparentemente no lo hizo, y me abstuve de señalarle la imposibilidad porque, como no se atrevió a decir que «la chica» no vivía, no sentí ninguna preocupación por su indignación.

Todos los demás relatos fueron serializados. *Tifón* apareció en los primeros números de la *Pall Mall Magazine*, entonces bajo la dirección del difunto señor Halkett. Fue en esa ocasión, también, cuando vi por primera vez mis concepciones plasmadas por un artista en otro medio. El señor Maurice Grieffenhagen supo combinar en sus ilustraciones el efecto de su propia y distinguida visión personal con una fidelidad absoluta a la inspiración del escritor. *Amy Foster* se publicó en *The Illustrated London News* con un bello dibujo de Amy en su día libre, sirviendo el té a los niños en su casa, con un sombrero con una gran pluma. *Mañana* apareció primero en la *Pall Mall Magazine*. De ese relato solo diré que impresionó a mucha gente por su adaptabilidad al teatro y que fui inducido a dramatizarlo bajo el título de *Un día más*; hasta el presente, mi único esfuerzo en esa dirección.

Puedo añadir también que cada uno de los cuatro relatos, en su aparición en formato de libro, fue elegido por diversos motivos como el «mejor del lote» por diferentes críticos, quienes reseñaron el volumen con una calidez de aprecio y comprensión, una perspicacia compasiva y una amabilidad de expresión por las que no puedo estar suficientemente agradecido.

1919. J. C.

I

El capitán MacWhirr, del vapor *Nan-Shan*, tenía una fisonomía que, en el orden de las apariencias materiales, era la contraparte exacta de su mente: no presentaba características marcadas de firmeza o estupidez; no tenía ninguna característica pronunciada en absoluto; era simplemente ordinaria, impasible e imperturbable.

Lo único que su aspecto podría haber sugerido, a veces, era timidez; porque se sentaba en las oficinas en tierra, quemado por el sol y sonriendo levemente, con los ojos bajos. Cuando los levantaba, se percibía que eran de mirada directa y de color azul. Su cabello era rubio y extremadamente fino, abrazando de sien a sien la cúpula calva de su cráneo en un broche como de seda esponjosa. El vello de su cara, por el contrario, zanahorio y llameante, se asemejaba a un crecimiento de alambre de cobre cortado a ras del labio; mientras que, por mucho que se afeitara, destellos metálicos y fogosos recorrían, cuando movía la cabeza, la superficie de sus mejillas. Era más bien bajo de estatura, un poco cargado de hombros y tan robusto de miembros que su ropa siempre parecía un poco demasiado ajustada para sus brazos y piernas. Como si fuera incapaz de comprender lo que se debe a la diferencia de latitudes, llevaba un bombín marrón, un traje completo de un tono parduzco y unas toscas botas negras. Estos atuendos de puerto daban a su gruesa figura un aire de elegancia rígida y desgarrada. Una fina cadena de reloj de plata rodeaba su chaleco, y nunca abandonaba su barco para ir a tierra sin empuñar en su mano poderosa y velluda un elegante paraguas de la mejor calidad, pero generalmente desenrollado. El joven Jukes, el primer oficial, acompañando a su comandante a la pasarela, a veces se aventuraba a decir, con la mayor delicadeza:

—Permítame, señor.

Y apoderándose del paraguas con deferencia, elevaba la contera, sacudía los pliegues, lo enrollaba pulcramente en un santiamén y se lo devolvía; re-

alizando la actuación con un rostro de tan portentosa gravedad que el señor Solomon Rout, el jefe de máquinas, fumando su cigarro matutino sobre el tragaluz, volvía la cabeza para ocultar una sonrisa.

— ¡Oh! ¡Claro! El bendito paraguas... Gracias, Jukes, gracias — murmuraba el capitán MacWhirr, cordialmente, sin levantar la vista.

Teniendo la imaginación justa para superar cada día sucesivo, y no más, estaba tranquilamente seguro de sí mismo; y por la misma causa no era en lo más mínimo engreído. Es vuestro superior imaginativo quien es susceptible, autoritario y difícil de complacer; pero cada barco que el capitán MacWhirr comandaba era la morada flotante de la armonía y la paz. Era, en verdad, tan imposible para él dejarse llevar por un vuelo de la fantasía como lo sería para un relojero ensamblar un cronómetro sin más herramientas que un martillo de dos libras y una sierra de mano. Sin embargo, las vidas poco interesantes de los hombres tan entregados por completo a la realidad de la mera existencia tienen su lado misterioso. Era imposible en el caso del capitán MacWhirr, por ejemplo, comprender qué demonios pudo haber inducido a ese hijo perfectamente satisfactorio de un tendero de Belfast a escaparse al mar. Y sin embargo, había hecho precisamente eso a la edad de quince años. Bastaba, cuando uno lo pensaba, para darle la idea de una mano inmensa, potente e invisible introducida en el hormiguero de la tierra, agarrando hombros, juntando cabezas y dirigiendo los rostros inconscientes de la multitud hacia metas inconcebibles y en direcciones nunca soñadas.

Su padre nunca le perdonó realmente esta estúpida desobediencia.

— Podríamos haber seguido sin él — solía decir más tarde —, pero está el negocio. ¡Y siendo hijo único, además!

Su madre lloró mucho tras su desaparición. Como a él nunca se le ocurrió dejar recado, se le lloró por muerto hasta que, después de ocho meses, llegó su primera carta desde Talcahuano. Era corta y contenía la declaración: «Tuvimos un tiempo muy bueno en nuestra travesía». Pero evidentemente, en la mente del escritor, la única noticia importante era que su capitán, el mismo día de la escritura, lo había inscrito regularmente en los artículos del barco como Marinero Ordinario. «Porque puedo hacer el trabajo», explicaba. La madre volvió a llorar copiosamente, mientras que el comentario «Tom es un asno» expresó las emociones del padre. Era un hombre corpulento, con un don para la burla socarrona, que hasta el final de su vida ejer-

ció en su trato con su hijo, un poco compasivamente, como si se tratara de una persona medio tonta.

Las visitas de MacWhirr a su hogar eran necesariamente raras, y en el transcurso de los años despachó otras cartas a sus padres, informándoles de sus sucesivos ascensos y de sus movimientos sobre la vasta tierra. En estas misivas se podían encontrar frases como esta: «El calor aquí es muy grande». O: «El día de Navidad a las 4 P. M. nos encontramos con algunos icebergs». Los ancianos finalmente se familiarizaron con un buen número de nombres de barcos, y con los nombres de los capitanes que los mandaban —con los nombres de armadores escoceses e ingleses—, con los nombres de mares, océanos, estrechos, promontorios —con nombres exóticos de puertos madereros, de puertos arroceros, de puertos algodóneros—, con los nombres de islas, con el nombre de la joven de su hijo. Se llamaba Lucy. No se le ocurrió mencionar si pensaba que el nombre era bonito. Y luego murieron.

El gran día de la boda de MacWhirr llegó a su debido tiempo, poco después del gran día en que obtuvo su primer mando.

Todos estos acontecimientos habían tenido lugar muchos años antes de la mañana en que, en el cuarto de derrota del vapor *Nan-Shan*, se encontró frente a la caída de un barómetro en el que no tenía motivos para desconfiar. La caída —teniendo en cuenta la excelencia del instrumento, la época del año y la posición del barco en el globo terrestre— era de una naturaleza ominosamente profética; pero el rostro rojo del hombre no delataba ninguna clase de perturbación interna. Los presagios no eran nada para él, y era incapaz de descubrir el mensaje de una profecía hasta que el cumplimiento se la había llevado a su propia puerta. «Esa es una caída, y no hay error», pensó. «Debe de haber un tiempo endemoniadamente sucio rondando por ahí».

El *Nan-Shan* se dirigía desde el sur hacia el puerto de tratado de Fu-chau, con algo de carga en sus bodegas inferiores, y doscientos culis chinos que regresaban a sus aldeas en la provincia de Fo-kien, después de unos años de trabajo en diversas colonias tropicales. La mañana era buena, el mar aceitoso se mecía sin un destello, y había una extraña mancha blanca y brumosa en el cielo como un halo de sol. La cubierta de proa, atestada de chinos, estaba llena de ropas sombrías, rostros amarillos y coletas, salpicada con un buen número de hombros desnudos, pues no había viento y el calor

era agobiante. Los culis holgazaneaban, hablaban, fumaban o miraban por la borda; algunos, sacando agua del costado, se rociaban unos a otros; unos pocos dormían sobre las escotillas, mientras que varios pequeños grupos de seis se sentaban en cuclillas rodeando bandejas de hierro con platos de arroz y diminutas tazas de té; y cada uno de aquellos Celestiales llevaba consigo todo lo que tenía en el mundo: un cofre de madera con una cerradura sonora y latón en las esquinas, que contenía los ahorros de sus trabajos: algunas ropas de ceremonia, varitas de incienso, un poco de opio tal vez, trozos de basura sin nombre de valor convencional, y un pequeño tesoro de dólares de plata, obtenidos con esfuerzo en gabarras de carbón, ganados en casas de juego o en pequeño comercio, extraídos de la tierra, sudados en minas, en líneas de ferrocarril, en la jungla mortal, bajo pesadas cargas, amasados pacientemente, guardados con cuidado, atesorados ferozmente.

Un oleaje cruzado se había levantado desde la dirección del canal de Formosa hacia las diez, sin perturbar mucho a estos pasajeros, porque el *Nan-Shan*, con su fondo plano, quillas de balance en los pantoques y gran manga, tenía la reputación de ser un barco excepcionalmente estable en la mar. El señor Jukes, en momentos de expansión en tierra, proclamaría a voces que la «vieja era tan buena como bonita». Nunca se le habría ocurrido al capitán MacWhirr expresar su opinión favorable tan alto o en términos tan fantasiosos.

Era un buen barco, sin duda, y tampoco viejo. Había sido construido en Dumbarton menos de tres años antes, por encargo de una firma de comerciantes de Siam, los señores Sigg e Hijo. Cuando flotó, terminado en cada detalle y listo para emprender el trabajo de su vida, los constructores lo contemplaron con orgullo.

—Sigg nos ha pedido un capitán de confianza para llevarlo —comentó uno de los socios; y el otro, después de reflexionar un rato, dijo:

—Creo que MacWhirr está en tierra ahora mismo.

—¿Lo está? Entonces telegráfele de inmediato. Es el hombre perfecto —declaró el socio principal, sin un momento de vacilación.

A la mañana siguiente, MacWhirr se presentó ante ellos imperturbable, habiendo viajado desde Londres en el expreso de medianoche tras una des-

pedida repentina pero poco demostrativa de su esposa. Era hija de una pareja superior que había conocido días mejores.

—Será mejor que vayamos juntos a ver el barco, capitán —dijo el socio principal; y los tres hombres comenzaron a ver las perfecciones del *Nan-Shan* de proa a popa, y desde su quilla hasta los topes de sus dos achaparrados mástiles.

El capitán MacWhirr había comenzado por quitarse el abrigo, que colgó en el extremo de un molinete de vapor que incorporaba todas las últimas mejoras.

—Mi tío escribió favorablemente sobre usted por el correo de ayer a nuestros buenos amigos, los señores Sigg, ya sabe, y sin duda continuarán con usted al mando allí —dijo el socio más joven—. Podrá presumir de estar al cargo del barco más manejable de su tamaño en la costa de China, capitán —añadió.

—¿Ah, sí? Gracias —masculló vagamente MacWhirr, a quien la visión de una eventualidad lejana no podía atraerle más que la belleza de un amplio paisaje a un turista miope; y sus ojos, que en ese momento se posaron en la cerradura de la puerta del camarote, se acercó a ella, decidido, y comenzó a agitar el picaporte vigorosamente, mientras observaba, con su voz baja y seria:

—No se puede confiar en los obreros hoy en día. Una cerradura nueva de trinca, y no funciona en absoluto. Atascada. ¿Ve? ¿Ve?

Tan pronto como se encontraron solos en su oficina al otro lado del patio:

—Elogiaste a ese tipo ante Sigg. ¿Qué es lo que ves en él? —preguntó el sobrino, con un leve desdén.

—Admito que no tiene nada de tu capitán de fantasía, si a eso te refieres —dijo el hombre mayor, secamente—. ¿Está fuera el capataz de los carpinteros del *Nan-Shan*?... Entre, Bates. ¿Cómo es que deja que la gente de Tait nos endose una cerradura defectuosa en la puerta del camarote? El capitán lo vio en cuanto le puso los ojos encima. Hágala reemplazar de inmediato. Las pequeñas pajas, Bates... las pequeñas pajas...

La cerradura fue reemplazada como correspondía, y unos días después el *Nan-Shan* zarpó hacia el Este, sin que MacWhirr hubiera ofrecido ningún

otro comentario sobre sus accesorios, ni se le hubiera oído pronunciar una sola palabra que insinuara orgullo por su barco, gratitud por su nombramiento o satisfacción por sus perspectivas.

Con un temperamento ni locuaz ni taciturno, encontraba muy pocas ocasiones para hablar. Había asuntos de deber, por supuesto —direcciones, órdenes, etc.—; pero siendo para su mente el pasado cosa hecha, y el futuro aún no llegado, las realidades más generales del día no requerían comentario, porque los hechos pueden hablar por sí mismos con abrumadora precisión.

Al viejo señor Sigg le gustaba un hombre de pocas palabras, y uno del que «pudieras estar seguro de que no trataría de mejorar sus instrucciones». MacWhirr, satisfaciendo estos requisitos, fue mantenido al mando del *Nan-Shan*, y se dedicó a la cuidadosa navegación de su barco en los mares de China. Había salido con registro británico, pero después de algún tiempo los señores Sigg juzgaron conveniente transferirla a la bandera siamesa.

Ante la noticia del proyectado traspaso, Jukes se inquietó, como si sintiera una afrenta personal. Andaba refunfuñando para sí y soltando breves risas de desdén.

—Imagínate tener un ridículo elefante del Arca de Noé en el pabellón de tu barco —dijo una vez en la puerta de la sala de máquinas—. Que me aspen si puedo soportarlo: dejaré el puesto. ¿No le revuelve el estómago, señor Rout?

El jefe de máquinas solo se aclaró la garganta con el aire de un hombre que conoce el valor de un buen puesto.

La primera mañana que la nueva bandera ondeó sobre la popa del *Nan-Shan*, Jukes se quedó mirándola con amargura desde el puente. Luchó con sus sentimientos durante un rato, y luego comentó:

—Extraña bandera para navegar bajo ella, señor.

—¿Qué le pasa a la bandera? —inquirió el capitán MacWhirr—. A mí me parece que está bien.

Y cruzó hasta el extremo del puente para echar un buen vistazo.

—Bueno, a mí me parece extraña —estalló Jukes, muy exasperado, y se marchó del puente.

El capitán MacWhirr se asombró de aquellos modales. Al cabo de un rato, entró tranquilamente en el cuarto de derrota y abrió su Código Internacional de Señales en la lámina donde las banderas de todas las naciones están correctamente representadas en vistosas filas. Pasó el dedo por ellas, y cuando llegó a Siam, contempló con gran atención el campo rojo y el elefante blanco. Nada podía ser más simple; pero para asegurarse, sacó el libro al puente con el propósito de comparar el dibujo coloreado con la cosa real en el asta de la bandera a popa. La siguiente vez que Jukes, que estaba de servicio ese día con una especie de ferocidad reprimida, apareció por el puente, su comandante observó:

—No hay nada malo en esa bandera.

—¿Ah, no? —masculló Jukes, cayendo de rodillas ante un cofre de cubierta y sacando de él con saña una sondaleza de repuesto.

—No. He mirado el libro. La esloro el doble de la manga y el elefante exactamente en el medio. Supuse que la gente de tierra sabría cómo hacer la bandera local. Es de cajón. Te equivocaste, Jukes...

—Bueno, señor —empezó Jukes, levantándose excitado—, todo lo que puedo decir...

Buscó a tientas el extremo del rollo de cabo con manos temblorosas.

—Está bien —lo tranquilizó el capitán MacWhirr, sentándose pesadamente en un pequeño taburete plegable de lona que le gustaba mucho—. Todo lo que tienes que hacer es cuidar de que no icen el elefante al revés antes de que se acostumbren del todo.

Jukes arrojó la nueva sondaleza sobre la cubierta de proa con un fuerte «Aquí tiene, contramaestre, no olvide mojarla bien», y se volvió con inmensa resolución hacia su comandante; pero el capitán MacWhirr apoyó los codos cómodamente en la barandilla del puente.

—Porque se entendería, supongo, como una señal de socorro —continuó—. ¿Qué te parece? Ese elefante de ahí, supongo, representa algo de la naturaleza de la Union Jack en la bandera...

—¡Ah, sí! —gritó Jukes, de modo que todas las cabezas en las cubiertas del *Nan-Shan* miraron hacia el puente. Luego suspiró, y con súbita resignación:

—Desde luego, sería una visión malditamente angustiosa —dijo, dócilmente.

Más tarde, ese mismo día, abordó al jefe de máquinas con un confidencial:

—Oiga, déjeme contarle la última del viejo.

El señor Solomon Rout (frecuentemente aludido como Sol el Largo, el Viejo Sol o Padre Rout), por encontrarse casi invariablemente como el hombre más alto a bordo de cada barco al que se unía, había adquirido el hábito de una condescendencia encorvada y pausada. Su cabello era escaso y arenoso, sus mejillas planas eran pálidas, sus muñecas huesudas y sus largas manos de erudito eran pálidas también, como si hubiera vivido toda su vida a la sombra.

Le sonrió desde lo alto a Jukes, y siguió fumando y mirando a su alrededor tranquilamente, a la manera de un tío amable que presta oído al relato de un colegial excitado. Luego, muy divertido pero impasible, preguntó:

—¿Y dejaste el puesto?

—No —gritó Jukes, alzando una voz cansada y desanimada por encima del áspero zumbido de los cabrestantes de fricción del *Nan-Shan*. Todos ellos trabajaban arduamente, arrebatando eslingas de carga, muy arriba, hasta el extremo de largos puntales, solo, al parecer, para dejarlas caer temerariamente a la carrera. Las cadenas de carga gemían en las pastecas, tintineaban en las brazolas, traqueteaban por la borda; y todo el barco temblaba, con sus largos flancos grises humeando en guirnaldas de vapor—. No —gritó Jukes—, no lo hice. ¿De qué sirve? Sería como tirar mi renuncia contra este mamparo. No creo que se pueda hacer entender nada a un hombre como ese. Sencillamente me deja pasmado.

En ese momento, el capitán MacWhirr, de vuelta de tierra, cruzó la cubierta, paraguas en mano, escoltado por un chino melancólico y sereno, que caminaba detrás con zapatos de seda de suela de papel y que también llevaba un paraguas.

El capitán del *Nan-Shan*, hablando apenas audiblemente y mirando sus botas como era su costumbre, comentó que sería necesario hacer escala en Fu-chau en este viaje, y deseó que el señor Rout tuviera vapor para mañana por la tarde a la una en punto. Se echó el sombrero hacia atrás para secarse

la frente, observando al mismo tiempo que odiaba ir a tierra de todos modos; mientras que, por encima de él, el señor Rout, sin dignarse a decir una palabra, fumaba austeramente, acunando su codo derecho en la palma de su mano izquierda. Luego se le indicó a Jukes, con la misma voz apagada, que mantuviera la entrecubierta de proa libre de carga. Iban a alojar allí a doscientos culis. La Compañía Bun Hin enviaba a ese lote a casa. Veinticinco sacos de arroz llegarían directamente en un sampán, para provisiones. Todos eran hombres de siete años de servicio, dijo el capitán MacWhirr, con un cofre de madera de alcanfor para cada hombre. El carpintero debía ponerse a trabajar clavando listones de tres pulgadas a lo largo de la cubierta de abajo, a proa y a popa, para evitar que estas cajas se desplazaran con el oleaje. Sería mejor que Jukes se ocupara de ello de inmediato. «¿Me oye, Jukes?». Este chino de aquí venía con el barco hasta Fu-chau; sería una especie de intérprete. Era el escribiente de Bun Hin y quería echar un vistazo al espacio. Sería mejor que Jukes lo llevara a proa. «¿Me oye, Jukes?».

Jukes se cuidó de puntuar estas instrucciones en los lugares adecuados con el obligatorio «Sí, señor», proferido sin entusiasmo. Su brusco «Venga, John; a ver» puso al chino en movimiento tras sus talones.

— *Wanchee look see, all same look see can do* — dijo Jukes, quien, al no tener talento para los idiomas extranjeros, destrozaba cruelmente hasta el mismo pidgin-english—. Señaló la escotilla abierta—. *Catchee number one piecie place to sleep in. Eh?*

Era brusco, como correspondía a su superioridad racial, pero no antipático. El chino, mirando triste y sin palabras a la oscuridad de la escotilla, parecía estar al borde de una tumba abierta.

— *No catchee rain down there—savee?* — señaló Jukes—. *Suppose all'ee same fine weather, one piecie coolie-man come topside* — prosiguió, animándose imaginativamente—. *Make so—Phooooo!*

Hinchó el pecho y las mejillas.

— *Savee, John? Breathe—fresh air. Good. Eh? Washee him piecie pants, chow-chow top-side—see, John?*

Con la boca y las manos hizo exuberantes movimientos de comer arroz y lavar ropa; y el chino, que ocultaba su desconfianza hacia esta pantomima

bajo un porte sereno teñido de una melancolía suave y refinada, miró con sus ojos almendrados de Jukes a la escotilla y de nuevo a Jukes.

— *Velly good* — murmuró, en un tono desconsolado, y se apresuró suavemente por las cubiertas, esquivando obstáculos en su camino. Desapareció, agachándose bajo una eslinga de diez sacos de arpillera sucios llenos de alguna mercancía costosa y que exhalaban un olor repulsivo.

El capitán MacWhirr, entretanto, había subido al puente y entrado en el cuarto de derrota, donde una carta, comenzada dos días antes, esperaba ser terminada. Estas largas cartas comenzaban con las palabras: «Mi querida esposa», y el mayordomo, entre el fregado de los suelos y el desempolvado de las cajas de los cronómetros, aprovechaba cada oportunidad para leerlas. Le interesaban mucho más de lo que posiblemente pudieran interesar a la mujer para cuyos ojos estaban destinadas; y esto por la razón de que relataban con minucioso detalle cada viaje sucesivo del *Nan-Shan*.

Su capitán, fiel a los hechos, que eran lo único que su conciencia reflejaba, los anotaba con esmerado cuidado en muchas páginas. La casa de un suburbio del norte a la que se dirigían estas páginas tenía un pequeño jardín delante de los ventanales, un porche profundo de buen aspecto, cristales de colores con imitación de plomo en la puerta principal. Pagaba cuarenta y cinco libras al año por ella, y no creía que el alquiler fuera demasiado alto, porque la señora MacWhirr (una persona pretenciosa con un cuello flaco y un aire desdeñoso) era admitidamente distinguida, y en el vecindario se la consideraba «bastante superior». El único secreto de su vida era su abyecto terror al momento en que su marido volviera a casa para quedarse para siempre. Bajo el mismo techo habitaban también una hija llamada Lydia y un hijo, Tom. Estos dos apenas conocían a su padre. Principalmente, lo conocían como un visitante raro pero privilegiado, que por la noche fumaba su pipa en el comedor y dormía en la casa. La chica larguirucha, en general, se avergonzaba un poco de él; el chico era franca y completamente indiferente de la manera directa, encantadora y natural que tienen los chicos viriles.

Y el capitán MacWhirr escribía a casa desde la costa de China doce veces al año, pidiendo singularmente que le «dieran recuerdos a los niños», y firmando como «tu amantísimo esposo», tan calmadamente como si las pal-

abras, usadas durante tanto tiempo por tantos hombres, fueran, aparte de su forma, cosas gastadas y de un significado desvaído.

Los mares de China, al norte y al sur, son mares estrechos. Son mares llenos de hechos cotidianos y elocuentes, como islas, bancos de arena, arrecifes, corrientes rápidas y cambiantes; hechos enmarañados que, sin embargo, hablan a un marino en un lenguaje claro y definido. Su lenguaje apelaba al sentido de la realidad del capitán MacWhirr con tanta fuerza que había renunciado a su camarote de abajo y prácticamente vivía todos sus días en el puente de su barco, a menudo haciendo que le subieran las comidas y durmiendo por la noche en el cuarto de derrota. Y allí redactaba sus cartas a casa. Cada una de ellas, sin excepción, contenía la frase: «El tiempo ha sido muy bueno este viaje», o alguna otra forma de una afirmación a tal efecto. Y esta afirmación, también, en su maravillosa persistencia, era de la misma perfecta exactitud que todas las demás que contenían.

El señor Rout también escribía cartas; solo que nadie a bordo sabía lo hablador que podía ser con la pluma en la mano, porque el jefe de máquinas tenía suficiente imaginación para mantener su escritorio cerrado con llave. A su esposa le gustaba mucho su estilo. Eran una pareja sin hijos, y la señora Rout, una mujer grande, de pecho alto y alegre, de cuarenta años, compartía con la madre desdentada y venerable del señor Rout una pequeña casa de campo cerca de Teddington. Repasaba su correspondencia, en el desayuno, con ojos vivaces, y gritaba pasajes interesantes con voz gozosa a la anciana sorda, precediendo cada extracto con el grito de advertencia: «¡Dice Salomón!». Tenía la costumbre de lanzar las sentencias de Salomón también a los extraños, asombrándolos fácilmente por el texto desconocido y la vena inesperadamente jocosa de estas citas. El día que el nuevo coadjutor visitó por primera vez la casa de campo, encontró ocasión para comentar: «Como dice Salomón: "los ingenieros que descienden al mar en barcos contemplan las maravillas de la naturaleza marinera"»; cuando un cambio en el semblante del visitante la hizo detenerse y mirar fijamente.

—Salomón... ¡Oh!... Señora Rout —tartamudeó el joven, muy rojo—, debo decir... no...

—Es mi marido —anunció ella en un gran grito, echándose hacia atrás en la silla. Al percibir la broma, se rio desmesuradamente con un pañuelo en los ojos, mientras él se sentaba con una sonrisa forzada y, por su inexperien-

cia con las mujeres alegres, plenamente persuadido de que debía de estar deplorablemente loca. Después fueron excelentes amigos; pues, absolviéndola de intención irreverente, llegó a pensar que era una persona muy digna en verdad; y aprendió con el tiempo a recibir sin inmutarse otros retazos de la sabiduría de Salomón.

—Por mi parte —se decía que Salomón había dicho una vez, según su esposa—, dame el asno más tonto por capitán antes que un bribón. Hay una manera de tratar a un tonto; pero un bribón es listo y escurridizo.

Esta era una generalización etérea extraída del caso particular de la honestidad del capitán MacWhirr, que, en sí misma, tenía la pesada obviedad de un terrón de arcilla. Por otro lado, el señor Jukes, incapaz de generalizar, soltero y sin compromiso, tenía la costumbre de abrir su corazón de otra manera a un viejo amigo y antiguo compañero de barco, que actualmente servía como segundo oficial a bordo de un transatlántico.

Primero, insistía en las ventajas del comercio oriental, insinuando su superioridad sobre el servicio del océano occidental. Exaltaba el cielo, los mares, los barcos y la vida fácil del Lejano Oriente. El *Nan-Shan*, afirmaba, no tenía igual como barco marinerero.

«No tenemos uniformes con galones de latón, pero aquí somos como hermanos», escribía. «Comemos todos juntos y vivimos como reyes... Todos los tipos de la brigada de máquinas son tan decentes como se puede ser de esa clase, y el viejo Sol, el Jefe, es un tipo seco. Somos buenos amigos. En cuanto a nuestro viejo, no podrías encontrar un capitán más tranquilo. A veces pensarías que no tiene suficiente seso para ver nada malo. Y sin embargo no es eso. No puede ser. Lleva al mando unos cuantos años ya. No hace nada realmente tonto, y lleva su barco adelante sin preocupar a nadie. Creo que no tiene suficiente cerebro para disfrutar armando un escándalo. No me aprovecho de él. Lo desdeñaría. Fuera de la rutina del deber no parece entender más de la mitad de lo que le dices. A veces nos reímos de esto; pero también es aburrido estar con un hombre así, a la larga. El viejo Sol dice que no tiene mucha conversación. ¡Conversación! ¡Oh, Señor! Nunca habla. El otro día había estado yo charlando bajo el puente con uno de los maquinistas, y debió de oírnos. Cuando subí a tomar mi guardia, sale del cuarto de derrota y echa un buen vistazo a todo alrededor, mira por encima las luces de costado, echa un vistazo a la brújula, mira de reojo hacia las estrellas.

Esa es su actuación habitual. Al rato dice: "¿Eras tú el que hablaba hace un momento en el pasillo de babor?". "Sí, señor". "¿Con el tercer maquinista?". "Sí, señor". Se va a estribor, y se sienta bajo el toldo en un pequeño taburete de lona suyo, y durante media hora quizás no hace ningún ruido, excepto que le oí estornudar una vez. Luego, al cabo de un rato, le oigo levantarse por allí, y se pasea hasta babor, donde yo estaba. "No puedo entender de qué podéis encontrar para hablar", dice él. "Dos horas seguidas. No te estoy culpando. Veo a la gente en tierra haciéndolo todo el día, y luego por la noche se sientan y siguen con ello mientras beben. Deben de estar diciendo las mismas cosas una y otra vez. No puedo entenderlo".

»¿Has oído alguna vez algo parecido? Y fue tan paciente al respecto. Me dio bastante pena por él. Pero también es exasperante, a veces. Por supuesto, uno no haría nada para fastidiarle, aunque valiera la pena. Pero no lo vale. Es tan rematadamente inocente que si le pusieras el pulgar en la nariz y agitaras los dedos hacia él, solo se preguntaría gravemente para sí mismo qué te ha pasado. Me dijo una vez, con toda sencillez, que le resultaba muy difícil entender por qué la gente siempre actuaba de forma tan extraña. Es demasiado obtuso para preocuparse por él, y esa es la verdad.»

Así escribía el señor Jukes a su amigo del comercio del océano occidental, desde la plenitud de su corazón y la viveza de su fantasía.

Había expresado su honesta opinión. No valía la pena tratar de impresionar a un hombre de esa clase. Si el mundo hubiera estado lleno de tales hombres, la vida le habría parecido probablemente a Jukes un negocio poco entretenido y nada provechoso. No estaba solo en su opinión. El mar mismo, como si compartiera la benévola indulgencia del señor Jukes, nunca se había esforzado en sobresaltar al hombre silencioso, que rara vez alzaba la vista, y vagaba inocentemente sobre las aguas con el único propósito visible de conseguir comida, vestido y alojamiento para tres personas en tierra. Había conocido el mal tiempo, por supuesto. Se había mojado, sentido incómodo, cansado de la manera habitual, sentido en el momento y olvidado al instante. De modo que, en conjunto, había estado justificado al informar de buen tiempo en casa. Pero nunca se le había concedido un atisbo de la fuerza inconmensurable y de la ira desmedida, la ira que pasa agotada pero nunca aplacada: la ira y la furia del mar apasionado. Sabía que existía, como sabemos que existen el crimen y las abominaciones; había oído hablar de ello como un ciudadano pacífico en una ciudad oye hablar de batallas,

hambrunas e inundaciones, y sin embargo no sabe nada de lo que estas cosas significan, aunque, de hecho, pueda haberse visto envuelto en una pelea callejera, haberse quedado sin cenar una vez o haberse empapado hasta los huesos en un chaparrón. El capitán MacWhirr había navegado sobre la superficie de los océanos como algunos hombres pasan rozando los años de la existencia para hundirse suavemente en una tumba plácida, ignorantes de la vida hasta el final, sin que nunca se les haya hecho ver todo lo que puede contener de perfidia, de violencia y de terror. Hay en el mar y en la tierra hombres así de afortunados —o así de desdeñados por el destino o por el mar.

II

Al observar la caída constante del barómetro, el capitán MacWhirr pensó: «Anda rondando por ahí un tiempo sucio». Esto es precisamente lo que pensó. Había tenido experiencia con tiempo moderadamente sucio —el término sucio, aplicado al tiempo, implica solo una incomodidad moderada para el marino—. Si una autoridad indiscutible le hubiera informado de que el fin del mundo iba a consumarse finalmente por una perturbación catastrófica de la atmósfera, habría asimilado la información bajo la simple idea de tiempo sucio, y ninguna otra, porque no tenía experiencia en cataclismos, y la creencia no implica necesariamente la comprensión. La sabiduría de su país había dictaminado, por medio de una Ley del Parlamento, que antes de que se le pudiera considerar apto para hacerse cargo de un barco, debía ser capaz de responder a ciertas preguntas sencillas sobre el tema de las tormentas circulares como los huracanes, ciclones y tifones; y aparentemente las había respondido, ya que ahora estaba al mando del *Nan-Shan* en los mares de China durante la temporada de tifones. Pero si las había respondido, no recordaba nada de ello. Era, sin embargo, consciente de que el calor húmedo y pegajoso le incomodaba. Salió al puente y no encontró alivio a esta opresión. El aire parecía espeso. Jadeó como un pez y empezó a creerse muy indispuerto.

El *Nan-Shan* surcaba un efímero surco sobre el círculo del mar que tenía la superficie y el brillo de una pieza ondulante de seda gris. El sol, pálido y sin rayos, derramaba un calor plomizo bajo una luz extrañamente indecisa, y los chinos yacían postrados por las cubiertas. Sus rostros exangües, demacrados y amarillos eran como los rostros de enfermos biliosos. El capitán MacWhirr se fijó especialmente en dos de ellos, tendidos de espaldas bajo el puente. Tan pronto como cerraban los ojos, parecían muertos. Otros tres, sin embargo, reñían bárbaramente más a proa; y un tipo corpulento, medio desnudo, de hombros hercúleos, colgaba lánguidamente sobre un cabrestante; otro, sentado en la cubierta, con las rodillas levantadas y la

cabeza caída de lado en una actitud aniñada, se trenzaba la coleta con una infinita languidez reflejada en toda su persona y en el mismísimo movimiento de sus dedos. El humo pugnaba con dificultad por salir de la chimenea y, en lugar de dispersarse, se extendía como una especie de nube infernal, que olía a azufre y llovía hollín por todas las cubiertas.

—¿Qué demonios está haciendo ahí, señor Jukes? —preguntó el capitán MacWhirr.

Esta inusual forma de dirigirse a él, aunque más mascullada que hablada, hizo que el cuerpo del señor Jukes diera un respingo como si le hubieran pinchado bajo la quinta costilla. Se había hecho traer un banco bajo al puente y, sentado en él, con un trozo de cabo enroscado a sus pies y un pedazo de lona extendido sobre las rodillas, hundía vigorosamente una aguja de velero. Levantó la vista, y su sorpresa dio a sus ojos una expresión de inocencia y candor.

—Solo estoy cosiendo los bordes de ese nuevo juego de sacos que hicimos el último viaje para subir el carbón —protestó, amablemente—. Los necesitaremos para el próximo carboneo, señor.

—¿Qué fue de los otros?

—Pues desgastados, por supuesto, señor.

El capitán MacWhirr, tras mirar con irresolución a su primer oficial, reveló la sombría y cínica convicción de que más de la mitad de ellos se habían perdido por la borda, «si se supiera la verdad», y se retiró al otro extremo del puente. Jukes, exasperado por este ataque no provocado, rompió la aguja a la segunda puntada y, dejando su labor, se levantó y maldijo el calor en un violento susurro.

La hélice golpeaba, los tres chinos de proa habían dejado de reñir de repente, y el que había estado trenzándose la coleta se abrazó las piernas y miró abatido por encima de las rodillas. La lúgubre luz del sol proyectaba sombras tenues y enfermizas. El oleaje crecía más alto y rápido a cada momento, y el barco se bamboleaba pesadamente en los lisos y profundos valles del mar.

—Me pregunto de dónde viene este maldito oleaje —dijo Jukes en voz alta, recuperándose tras un traspie.

—Del nordeste —gruñó el literal MacWhirr, desde su lado del puente—. Anda rondando un tiempo sucio. Vaya a mirar el barómetro.

Cuando Jukes salió del cuarto de derrota, el gesto de su semblante había cambiado a uno de reflexión y preocupación. Se agarró a la barandilla del puente y miró hacia adelante.

La temperatura en la sala de máquinas había subido a ciento diecisiete grados Fahrenheit. Voces irritadas ascendían por el tragaluz y por la rejilla de la carbonera en un clamor áspero y resonante, mezclado con airados golpes y raspaduras de metal, como si hombres con miembros de hierro y gargantas de bronce estuvieran riñendo allí abajo. El segundo maquinista la estaba emprendiendo con los fogoneros por dejar que bajara el vapor. Era un hombre con brazos de herrero, y generalmente temido; pero aquella tarde los fogoneros le respondían temerariamente y cerraban de un portazo las puertas de los hornos con la furia de la desesperación. Entonces el ruido cesó de repente, y apareció el segundo maquinista, emergiendo de la carbonera veteado de mugre y empapado como un deshollinador saliendo de un pozo. Tan pronto como su cabeza asomó por la rejilla, empezó a regañar a Jukes por no orientar correctamente los ventiladores de la carbonera; y en respuesta, Jukes hizo con las manos gestos deprecatorios y tranquilizadores que significaban: «No hay viento, no se puede hacer nada, puede verlo usted mismo». Pero el otro no atendía a razones. Sus dientes relucieron airadamente en su rostro sucio. No le importaba, dijo, la molestia de machacarles sus malditas cabezas allí abajo, por su alma, pero ¿acaso pensaban los condenados marineros que se podía mantener el vapor en las calderas de Dios simplemente aporreando a los malditos fogoneros? ¡No, por San Jorge! También había que conseguir algo de tiro, ¡que lo maldijeran eternamente por un lampacero cabeza de estropajo si no! Y el jefe, además, hecho una furia ante el manómetro y dando vueltas como un lunático por la sala de máquinas desde el mediodía. ¿Para qué creía Jukes que estaba plantado allí arriba, si no podía conseguir que uno de sus decrepitos e inútiles tullidos de cubierta girara los ventiladores hacia el viento?

Las relaciones entre la «sala de máquinas» y la «cubierta» del *Nan-Shan* eran, como es sabido, de naturaleza fraternal; por lo tanto, Jukes se inclinó y le rogó al otro en tono comedido que no hiciera el ridículo de forma asquerosa; el capitán estaba al otro lado del puente. Pero el segundo declaró amotinado que le importaba un bledo quién estuviera al otro lado del

puede, y Jukes, pasando en un instante de la elevada desaprobación a un estado de exaltación, lo invitó en términos poco halagadores a que subiera y girara las malditas cosas a su antojo, y que atrapara el viento que un burro de su calaña pudiera encontrar. El segundo se precipitó a la refriega. Se abalanzó sobre el ventilador de babor como si quisiera arrancarlo de cuajo y arrojarlo por la borda. Todo lo que hizo fue mover la caperuza unas pocas pulgadas, con un enorme gasto de fuerza, y pareció agotado por el esfuerzo. Se apoyó en la parte trasera de la timonera, y Jukes se acercó a él.

— ¡Oh, cielos! — exclamó el maquinista con voz débil. Levantó los ojos al cielo, y luego dejó que su mirada vidriosa descendiera hasta encontrarse con el horizonte que, inclinándose hasta un ángulo de cuarenta grados, pareció pender en diagonal por un instante y se asentó lentamente—. ¡Cielos! ¡Uf! ¿Qué pasa, de todos modos?

Jukes, abriendo sus largas piernas como un par de compases, adoptó un aire de superioridad.

— Esta vez la vamos a pillar — dijo —. El barómetro está cayendo en picado, Harry. Y tú tratando de armar esa tonta pelea...

La palabra «barómetro» pareció reavivar la loca animosidad del segundo maquinista. Reuniendo de nuevo todas sus energías, ordenó a Jukes en un tono bajo y brutal que se metiera el innombrable instrumento por su sangrienta garganta. ¿A quién le importaba su carmesí barómetro? Era el vapor — el vapor — lo que estaba bajando; y entre los fogoneros desmayándose y el jefe volviéndose tonto, era peor que una vida de perros para él; le importaba una maldita sea lo pronto que todo el tinglado saltara por los aires. Parecía a punto de echarse a llorar, pero tras recuperar el aliento, murmuró sombríamente: «Ya los haré desmayar», y salió disparado. Se detuvo en la rejilla el tiempo suficiente para agitar el puño contra la luz antinatural del día, y se dejó caer en el oscuro agujero con un alarido.

Cuando Jukes se volvió, sus ojos se posaron en la espalda encorvada y las grandes orejas rojas del capitán MacWhirr, que se había acercado. No miró a su primer oficial, pero dijo de inmediato:

— Es un hombre muy violento, ese segundo maquinista.

— Un segundo condenadamente bueno, de todos modos — gruñó Jukes —. No pueden mantener el vapor — añadió rápidamente, y se aferró a la

barandilla ante la inminente sacudida.

El capitán MacWhirr, desprevenido, dio una carrerilla y se detuvo de un tirón contra un montante del toldo.

—Un hombre profano —dijo, obstinadamente—. Si esto continúa, tendré que deshacerme de él a la primera oportunidad.

—Es el calor —dijo Jukes—. El tiempo es horrible. Haría jurar a un santo. Incluso aquí arriba me siento exactamente como si tuviera la cabeza envuelta en una manta de lana.

El capitán MacWhirr levantó la vista.

—¿Quiere decir, señor Jukes, que alguna vez ha tenido la cabeza envuelta en una manta? ¿Para qué fue eso?

—Es una forma de hablar, señor —dijo Jukes, impasible.

—¡Algunos de ustedes son la monda! ¿Qué es eso de que los santos juran? Ojalá no hablara tan alocadamente. ¿Qué clase de santo sería ese que jurara? No más santo que usted, supongo. ¿Y qué tiene que ver una manta con eso... o el tiempo tampoco? El calor no me hace jurar, ¿o sí? Es un asqueroso mal genio. Eso es lo que es. ¿Y de qué sirve que hable así?

Así protestó el capitán MacWhirr contra el uso de imágenes en el habla, y al final electrificó a Jukes con un bufido despectivo, seguido de palabras de pasión y resentimiento:

—¡Maldita sea! Lo echaré del barco si no se anda con cuidado.

Y Jukes, incorregible, pensó: «¡Dios mío! Alguien le ha puesto un interior nuevo a mi viejo. Ahí tienes genio, si quieres. Por supuesto que es el tiempo; ¿qué otra cosa? Haría a un ángel pendenciero, no digamos ya a un santo».

Todos los chinos en cubierta parecían estar en las últimas.

Al ponerse, el sol tenía un diámetro disminuido y un brillo expirante, pardo y sin rayos, como si millones de siglos transcurridos desde la mañana lo hubieran acercado a su fin. Un denso banco de nubes se hizo visible hacia el norte; tenía un siniestro tinte oliva oscuro, y yacía bajo e inmóvil sobre el mar, asemejándose a un obstáculo sólido en el camino del barco. Este se dirigía dando tumbos hacia él como una criatura exhausta conducida a su

muerte. El crepúsculo cobrizo se retiró lentamente, y la oscuridad hizo aparecer sobre sus cabezas un enjambre de estrellas grandes e inestables que, como si fueran sopladadas, parpadeaban en exceso y parecían pender muy cerca de la tierra. A las ocho en punto, Jukes entró en el cuarto de derrota para escribir el cuaderno de bitácora del barco.

Copió pulcramente del borrador el número de millas, el rumbo del barco, y en la columna de «viento» garabateó la palabra «calma» de arriba abajo de las ocho horas transcurridas desde el mediodía. Le exasperaba el continuo y monótono balanceo del barco. El pesado tintero se deslizaba de una manera que sugería una perversa inteligencia para esquivar la pluma. Habiendo escrito en el amplio espacio bajo el encabezado de «Observaciones» «Calor muy opresivo», se metió el extremo del portaplumas en los dientes, a modo de pipa, y se secó cuidadosamente el rostro.

«El barco se balancea fuertemente en un alto oleaje cruzado», comenzó de nuevo, y comentó para sí: «Fuertemente no es la palabra». Luego escribió: «Puesta de sol amenazadora, con un bajo banco de nubes al N. y E. Cielo despejado por encima».

Despatarrado sobre la mesa con la pluma en suspiro, miró por la puerta, y en ese marco de su visión vio todas las estrellas volando hacia arriba entre las jambas de madera de teca en un cielo negro. Todo el lote emprendió el vuelo junto y desapareció, dejando solo una neblina salpicada de destellos blancos, pues el mar estaba tan negro como el cielo y moteado de espuma a lo lejos. Las estrellas que habían volado con el balanceo regresaron en el vaivén de vuelta del barco, precipitándose hacia abajo en su multitud reluciente, no de puntos ígneos, sino agrandadas a diminutos discos brillantes con un claro lustre húmedo.

Jukes observó las grandes estrellas voladoras por un momento, y luego escribió: «8 P.M. Oleaje en aumento. El barco trabaja con dificultad y embarca agua en sus cubiertas. Se han cerrado las escotillas de los culis para pasar la noche. El barómetro sigue bajando». Hizo una pausa y pensó para sí: «Quizás no resulte en nada». Y luego cerró resueltamente sus anotaciones: «Toda la apariencia de un tifón que se avecina».

Al salir tuvo que hacerse a un lado, y el capitán MacWhirr cruzó el umbral sin decir una palabra ni hacer una seña.

—Cierre la puerta, señor Jukes, ¿quiere? —gritó desde dentro.

Jukes se dio la vuelta para hacerlo, murmurando irónicamente: «Miedo a coger un resfriado, supongo». Era su guardia de descanso, pero anhelaba la comunión con sus semejantes; y le comentó animadamente al segundo oficial:

—No parece tan malo, después de todo, ¿verdad?

El segundo oficial marchaba de un lado a otro del puente, bajando a trompicones con pequeños pasos en un momento, y al siguiente subiendo con dificultad la cambiante pendiente de la cubierta. Al oír la voz de Jukes, se detuvo, mirando hacia adelante, pero no respondió.

—¡Vaya! Esa es una buena sacudida —dijo Jukes, balanceándose para contrarrestar el largo vaivén hasta que su mano bajada tocó las tablas. Esta vez el segundo oficial hizo en su garganta un ruido de naturaleza poco amistosa.

Era un tipo bajito, algo viejo y desaliñado, con malos dientes y sin vello en la cara. Había sido embarcado a toda prisa en Shanghái, aquel viaje en que el segundo oficial traído de casa había retrasado el barco tres horas en puerto al ingeniárselas (de alguna manera que el capitán MacWhirr nunca pudo entender) para caer por la borda a una gabarra de carbón vacía que estaba atracada al costado, y tuvo que ser enviado a tierra al hospital con una conmoción cerebral y una o dos extremidades rotas.

Jukes no se desanimó por el sonido antipático.

—Los chinos deben de estar pasándolo de maravilla ahí abajo —dijo—. Es una suerte para ellos que la vieja tenga el balanceo más suave de cualquier barco en el que haya estado. ¡Ahí va! Este no fue tan malo.

—Ya verás —gruñó el segundo oficial.

Con su nariz afilada, roja en la punta, y sus labios finos y apretados, siempre parecía como si estuviera rabiando por dentro; y era conciso en su hablar hasta el punto de la grosería. Todo su tiempo libre lo pasaba en su camarote con la puerta cerrada, manteniéndose tan quieto allí dentro que se suponía que se dormía tan pronto como desaparecía; pero el hombre que entraba a despertarlo para su guardia en cubierta lo encontraba invariablemente con los ojos bien abiertos, tumbado de espaldas en la litera y mirando

con irritación desde una almohada sucia. Nunca escribía cartas, no parecía esperar noticias de ninguna parte; y aunque se le había oído una vez mencionar West Hartlepool, fue con extrema amargura, y solo en relación con los precios exorbitantes de una pensión. Era uno de esos hombres que se recogen por necesidad en los puertos del mundo. Son lo suficientemente competentes, parecen desesperadamente necesitados, no muestran evidencia de ningún tipo de vicio y llevan consigo todas las señales del fracaso manifiesto. Suben a bordo en una emergencia, no se preocupan por ningún barco a flote, viven en su propia atmósfera de conexión casual entre sus compañeros de barco que no saben nada de ellos, y deciden marcharse en momentos inoportunos. Se largan sin palabras de despedida en algún puerto olvidado de Dios en el que otros hombres temerían quedarse varados, y bajan a tierra en compañía de un baúl de mar raído, atado con cuerdas como un cofre del tesoro, y con aire de sacudirse el polvo del barco de los pies.

— Ya verás —repitió, balanceándose en grandes vaivenes de espaldas a Jukes, inmóvil e implacable.

— ¿Quiere decir que la vamos a pasar canutas? —preguntó Jukes con interés pueril.

— ¿Decir?... No digo nada. A mí no me pillas —espetó el pequeño segundo oficial, con una mezcla de orgullo, desdén y astucia, como si la pregunta de Jukes hubiera sido una trampa hábilmente detectada—. ¡Oh, no! Ninguno de ustedes aquí me tomará el pelo si me doy cuenta —murmuró para sí mismo.

Jukes reflexionó rápidamente que este segundo oficial era una pequeña bestia mezquina, y en su corazón deseó que el pobre Jack Allen nunca se hubiera destrozado en la gabarra de carbón. La negrura lejana delante del barco era como otra noche vista a través de la noche estrellada de la tierra: la noche sin estrellas de las inmensidades más allá del universo creado, revelada en su espantosa quietud a través de una baja fisura en la esfera resplandeciente de la cual la tierra es el núcleo.

— Sea lo que sea que ande por ahí —dijo Jukes—, estamos navegando directos hacia ello.

— Usted lo ha dicho —le interrumpió el segundo oficial, siempre de espaldas a Jukes—. Usted lo ha dicho, fíjese, no yo.

—¡Oh, váyase al diablo! —dijo Jukes, francamente; y el otro emitió una risita triunfante.

—Usted lo ha dicho —repitió.

—¿Y qué con eso?

—He conocido a algunos hombres muy buenos meterse en problemas con sus capitanes por decir muchísimo menos —respondió el segundo oficial febrilmente—. ¡Oh, no! A mí no me pillas.

—Parece condenadamente ansioso por no delatarse —dijo Jukes, completamente amargado por tal absurdo—. Yo no tendría miedo de decir lo que pienso.

—¡Sí, a mí! Eso no tiene gran mérito. No soy nadie, y bien lo sé.

El barco, tras una pausa de relativa estabilidad, inició una serie de balanceos, uno peor que el otro, y durante un tiempo Jukes, manteniendo el equilibrio, estuvo demasiado ocupado para abrir la boca. Tan pronto como el violento vaivén se calmó un poco, dijo:

—Esto ya es demasiado. Venga algo o no, creo que debería ponerse proa a ese oleaje. El viejo acaba de entrar a tumbarse. Que me cuelguen si no hablo con él.

Pero cuando abrió la puerta del cuarto de derrota vio a su capitán leyendo un libro. El capitán MacWhirr no estaba tumbado: estaba de pie con una mano agarrada al borde de la estantería y la otra sosteniendo abierto ante su cara un grueso volumen. La lámpara se retorció en sus balancines, los libros sueltos se tambaleaban de un lado a otro en el estante, el largo barómetro se balanceaba en círculos espasmódicos, la mesa alteraba su inclinación a cada momento. En medio de todo este ajetreo y movimiento, el capitán MacWhirr, sujetándose, asomó los ojos por encima del borde superior y preguntó:

—¿Qué ocurre?

—El oleaje empeora, señor.

—Lo he notado aquí dentro —murmuró el capitán MacWhirr—. ¿Algún problema?

Jukes, interiormente desconcertado por la seriedad de los ojos que le miraban por encima del libro, esbozó una sonrisa avergonzada.

—Balanceándose como alma que lleva el diablo —dijo, con timidez.

—¡Sí! Muy fuerte, muy fuerte. ¿Qué quiere?

Ante esto, Jukes perdió el equilibrio y empezó a trastabillar.

—Estaba pensando en nuestros pasajeros —dijo, a la manera de un hombre que se aferra a un clavo ardiendo.

—¿Pasajeros? —se extrañó el capitán, gravemente—. ¿Qué pasajeros?

—Pues los chinos, señor —explicó Jukes, muy harto de esta conversación.

—¡Los chinos! ¿Por qué no habla claro? No podía saber a qué se refería. Nunca había oído hablar de un montón de culis como pasajeros. ¡Pasajeros, vaya! ¿Qué le pasa?

El capitán MacWhirr, cerrando el libro sobre su índice, bajó el brazo y pareció completamente desconcertado.

—¿Por qué piensa en los chinos, señor Jukes? —inquirió.

Jukes se lanzó, como un hombre empujado a ello.

—Está embarcando agua a mares, señor. Pensé que podría ponerla proa al mar, tal vez, por un tiempo. Hasta que esto amaine un poco, muy pronto, me atrevo a decir. Proa al este. Nunca he conocido un barco que se balancee así.

Se sujetó en el umbral, y el capitán MacWhirr, sintiendo que su agarre en la estantería era inadecuado, decidió soltarse a toda prisa y cayó pesadamente sobre el sofá.

—¿Proa al este? —dijo, luchando por incorporarse—. Eso son más de cuatro cuartas fuera de su rumbo.

—Sí, señor. Cincuenta grados... Justo lo suficiente para ponerla proa a esto...

El capitán MacWhirr estaba ahora sentado. No había soltado el libro y no había perdido la página.

—¿Al este? —repitió, con creciente asombro—. Al... ¿Adónde cree que nos dirigimos? ¡Quiere que desvíe un vapor a toda potencia cuatro cuartas de su rumbo para que los chinos estén cómodos! Mire, he oído más que suficiente de las locuras que se hacen en el mundo, pero esto... Si no lo conociera, Jukes, pensaría que está bebido. Desviar el rumbo cuatro cuartas... ¿Y después qué? Desviarlo cuatro cuartas para el otro lado, supongo, para corregir el rumbo. ¿Qué le metió en la cabeza que me pondría a virar un vapor como si fuera un velero?

—Menos mal que no lo es —terció Jukes, con amarga presteza—. Le habría arrancado hasta el último palo esta tarde.

—¡Sí! Y usted habría tenido que quedarse mirando cómo se iban —dijo el capitán MacWhirr, mostrando cierta animación—. Hay una calma chicha, ¿no es así?

—Sí, señor. Pero algo fuera de lo común se acerca, seguro.

—Puede ser. Supongo que tiene la idea de que debería apartarme de esa porquería —dijo el capitán MacWhirr, hablando con la máxima sencillez de maneras y tono, y fijando el hule del suelo con una mirada pesada. Así no se percató ni del desconcierto de Jukes ni de la mezcla de fastidio y respeto asombrado en su rostro.

—Ahora, aquí está este libro —continuó con deliberación, golpeándose el muslo con el volumen cerrado—. He estado leyendo el capítulo sobre las tormentas.

Era cierto. Había estado leyendo el capítulo sobre las tormentas. Cuando entró en el cuarto de derrota, no tenía intención de coger el libro. Alguna influencia en el aire —la misma influencia, probablemente, que hizo que el mayordomo trajera sin que se lo pidieran las botas de mar y el impermeable del capitán al cuarto de derrota— había guiado, por así decirlo, su mano hacia el estante; y sin tomarse el tiempo de sentarse, se había adentrado con un esfuerzo consciente en la terminología del tema. Se perdió entre semicírculos de avance, cuadrantes de mano izquierda y derecha, las curvas de las trayectorias, la probable marcación del centro, los roles del viento y las lecturas del barómetro. Intentó poner todas estas cosas en una relación definida consigo mismo, y terminó por enfadarse despectivamente con tal cantidad

de palabras, y con tanto consejo, todo trabajo mental y suposición, sin un atisbo de certidumbre.

—Es la cosa más endemoniada, Jukes —dijo—. Si un tipo se creyera todo lo que hay ahí dentro, estaría la mayor parte del tiempo corriendo por todo el mar tratando de ponerse a sotavento.

De nuevo se golpeó la pierna con el libro; y Jukes abrió la boca, pero no dijo nada.

—¡Correr para ponerse a sotavento! ¿Entiende eso, señor Jukes? ¡Es la cosa más loca! —exclamó el capitán MacWhirr, con pausas, mirando profundamente al suelo—. Uno pensaría que una vieja ha estado escribiendo esto. Me supera. Si esa cosa significa algo útil, entonces significa que debería alterar inmediatamente el rumbo lejos, lejos hacia el diablo en alguna parte, y llegar a toda máquina a Fu-chau desde el norte a la cola de este tiempo sucio que se supone que anda rondando en nuestro camino. ¡Desde el norte! ¿Entiende, señor Jukes? Trescientos millas extra de distancia, y una bonita factura de carbón que mostrar. No podría obligarme a hacer eso si cada palabra de ahí fuera la pura verdad, señor Jukes. No lo espere de mí...

Y Jukes, en silencio, se maravilló de este despliegue de sentimiento y locuacidad.

—Pero la verdad es que no sabes si el tipo tiene razón, de todos modos. ¿Cómo puedes saber de qué está hecho un temporal hasta que lo tienes encima? No está a bordo aquí, ¿verdad? Muy bien. Aquí dice que el centro de esas cosas marca a ocho cuartas del viento; pero no tenemos viento, a pesar de que el barómetro está bajando. ¿Dónde está su centro ahora?

—Pronto tendremos viento —masculló Jukes.

—Que venga, entonces —dijo el capitán MacWhirr, con digna indignación—. Es solo para que vea, señor Jukes, que no se encuentra todo en los libros. Todas estas reglas para esquivar brisas y sortear los vientos del cielo, señor Jukes, me parecen la cosa más loca, cuando uno lo mira con sensatez.

Levantó los ojos, vio a Jukes mirándolo dudosamente, e intentó ilustrar su significado.

—Tan raro como su extraordinaria idea de esquivar el oleaje poniendo proa al mar, no sé por cuánto tiempo, para que los chinos estén cómodos; mientras que todo lo que tenemos que hacer es llevarlos a Fu-chau, con tiempo para llegar allí antes del mediodía del viernes. Si el tiempo me retrasa, muy bien. Ahí está su cuaderno de bitácora para hablar claro sobre el tiempo. Pero supongamos que me desvíó de mi rumbo y llego dos días tarde, y me preguntan: "¿Dónde ha estado todo este tiempo, capitán?". ¿Qué podría decir yo a eso? "Di un rodeo para esquivar el mal tiempo", diría. "Debió de ser condenadamente malo", dirían ellos. "No sé", tendría que decir yo; "lo he esquivado por completo". ¿Ve eso, Jukes? He estado pensándolo toda esta tarde.

Levantó la vista de nuevo a su manera ciega e inimaginativa. Nadie le había oído decir tanto de una vez. Jukes, con los brazos abiertos en el umbral, era como un hombre invitado a contemplar un milagro. Un asombro sin límites era el significado intelectual de su mirada, mientras que la incredulidad se asentaba en todo su semblante.

—Un temporal es un temporal, señor Jukes —reanudó el capitán—, y un vapor a toda potencia tiene que enfrentarse a él. Hay una cierta cantidad de tiempo sucio rondando por el mundo, y lo correcto es atravesarlo sin nada de lo que el viejo capitán Wilson del *Melita* llama "estrategia de tormenta". El otro día en tierra le oí disertar sobre ello a un montón de capitanes de barco que entraron y se sentaron en una mesa junto a la mía. Me pareció el mayor disparate. Les estaba contando cómo había superado, creo que dijo, a un temporal terrible, de modo que nunca se le acercó a menos de cincuenta millas. Una ingeniosa pieza de trabajo mental lo llamó. Cómo supo que había un temporal terrible a cincuenta millas de distancia me supera por completo. Era como escuchar a un loco. Habría pensado que el capitán Wilson era lo suficientemente mayor como para saber más.

El capitán MacWhirr cesó por un momento, luego dijo:

—¿Es su guardia de descanso, señor Jukes?

Jukes volvió en sí con un sobresalto.

—Sí, señor.

—Deje órdenes de que me llamen al menor cambio —dijo el capitán. Se estiró para guardar el libro y recogió las piernas en el sofá—. Cierre la puer-

ta para que no se abra de golpe, ¿quiere? No soporto una puerta que da portazos. Han puesto un montón de cerraduras de pacotilla en este barco, debo decir.

El capitán MacWhirr cerró los ojos.

Lo hizo para descansar. Estaba cansado y experimentaba ese estado de vacuidad mental que sobreviene al final de una discusión exhaustiva que ha liberado alguna creencia madurada en el curso de años de meditación. De hecho, había estado haciendo su confesión de fe, si él lo hubiera sabido; y su efecto fue hacer que Jukes, al otro lado de la puerta, se quedara rascándose la cabeza un buen rato.

El capitán MacWhirr abrió los ojos.

Pensó que debía de haberse quedado dormido. ¿Qué era ese fuerte ruido? ¿Viento? ¿Por qué no le habían llamado? La lámpara se retorció en sus balancines, el barómetro se balanceaba en círculos, la mesa alteraba su inclinación a cada momento; un par de botas de mar flácidas con las cañas caídas pasaron deslizándose junto al sofá. Extendió la mano al instante y capturó una.

El rostro de Jukes apareció en una rendija de la puerta: solo su rostro, muy rojo, con los ojos desorbitados. La llama de la lámpara saltó, un trozo de papel voló, una ráfaga de aire envolvió al capitán MacWhirr. Empezando a calzarse la bota, dirigió una mirada expectante a los rasgos hinchados y excitados de Jukes.

—Vino así— gritó Jukes—, hace cinco minutos... de repente.

La cabeza desapareció con un portazo, y un fuerte chapoteo y repiqueteo de gotas barrió la puerta cerrada como si un cubo de plomo derretido hubiera sido arrojado contra la caseta. Ahora se oía un silbido sobre el profundo ruido vibrante del exterior. El sofocante cuarto de derrota parecía tan lleno de corrientes de aire como un cobertizo. El capitán MacWhirr agarró la otra bota de mar en su violento paso por el suelo. No estaba alterado, pero no encontraba de inmediato la abertura para meter el pie. Los zapatos que se había quitado correteaban de un extremo a otro del camarote, rebotando juguetonamente uno sobre otro como cachorros. Tan pronto como se puso de pie, les dio una patada con saña, pero sin efecto.

Se lanzó en la actitud de un esgrimista en plena estocada para alcanzar su impermeable; y después se tambaleó por todo el confinado espacio mientras se lo embutía a tirones. Muy grave, con las piernas muy separadas y estirando el cuello, empezó a atarse deliberadamente los cordones de su sueste bajo la barbilla, con dedos gruesos que temblaban ligeramente. Realizó todos los movimientos de una mujer poniéndose el sombrero ante un espejo, con una atención tensa y expectante, como si hubiera esperado a cada momento oír el grito de su nombre en el confuso clamor que de repente había asediado su barco. Su aumento llenaba sus oídos mientras se preparaba para salir y enfrentarse a lo que fuera que significara. Era tumultuoso y muy fuerte, compuesto por la embestida del viento, los estruendos del mar, con esa prolongada y profunda vibración del aire, como el redoble de un inmenso y remoto tambor que tocara a la carga del temporal.

Se detuvo un momento a la luz de la lámpara, grueso, torpe, informe en su panoplia de combate, vigilante y con el rostro enrojecido.

—Hay mucho peso en esto —murmuró.

Tan pronto como intentó abrir la puerta, el viento la atrapó. Aferrado al picaporte, fue arrastrado por encima del umbral, y de inmediato se encontró envuelto con el viento en una especie de refriega personal cuyo objeto era cerrar esa puerta. En el último momento, una lengua de aire se coló y apagó la llama de la lámpara.

Delante del barco percibió una gran oscuridad que yacía sobre una multitud de destellos blancos; por la amura de estribor unas pocas estrellas asombrosas pendían, tenues e intermitentes, sobre un inmenso páramo de mares rotos, como vistas a través de una loca deriva de humo.

En el puente, un nudo de hombres, indistintos y afanados, hacían grandes esfuerzos a la luz de las ventanas de la timonera, que brillaban empañadas sobre sus cabezas y espaldas. De repente, la oscuridad se cerró sobre un cristal, luego sobre otro. Las voces del grupo perdido le llegaron a la manera de las voces de los hombres en un temporal, en jirones y fragmentos de gritos desolados arrebatados al pasar por el oído. De repente, Jukes apareció a su lado, gritando, con la cabeza gacha.

—Guardia... poner... postigos timonera... cristal... miedo... reviente.

Jukes oyó a su comandante reprenderle.

—Esto... viene... algo... aviso... llamarme.

Intentó explicarse, con el estruendo presionando sus labios.

—Brisa ligera... quedé... puente... súbito... nordeste... pude girar... pensé... usted... seguro... oiría.

Habían ganado el refugio del guardavientos y podían conversar a voces, como la gente que riñe.

—Hice venir a la tripulación para cubrir todos los ventiladores. Buen trabajo que me quedé en cubierta. No pensé que estaría usted dormido, y por eso... ¿Qué dijo, señor? ¿Qué?

—Nada —gritó el capitán MacWhirr—. Dije... todo bien.

—¡Por todos los poderes! Esta vez nos ha tocado —observó Jukes en un aullido.

—¿No ha alterado su rumbo? —inquirió el capitán MacWhirr, forzando la voz.

—No, señor. Ciertamente no. El viento vino justo de proa. Y aquí viene el mar de proa.

Una cabezada del barco terminó en un choque como si hubiera encallado su pie de roda en algo sólido. Tras un momento de quietud, un elevado vuelo de rociones golpeó con fuerza contra sus rostros con el viento.

—Manténgala así todo lo que podamos —gritó el capitán MacWhirr.

Antes de que Jukes se hubiera estrujado el agua salada de los ojos, todas las estrellas habían desaparecido.

III

Jukes era un hombre tan dispuesto como cualquiera de la media docena de jóvenes oficiales que se puedan pescar echando una red a las aguas; y aunque se había quedado algo desconcertado por la sorprendente saña de la primera ráfaga, se había recompuesto al instante, había llamado a la tripulación y los había hecho correr para asegurar las aberturas de la cubierta que no se habían cerrado ya con trincas más temprano por la noche. Gritando con su voz fresca y estentórea: «¡Saltad, muchachos, y echad una mano!», dirigió el trabajo, diciéndose a sí mismo mientras tanto que «justo esperaba esto».

Pero al mismo tiempo se iba dando cuenta de que esto era bastante más de lo que había esperado. Desde el primer soplo de aire que sintió en la mejilla, el temporal pareció adquirir el ímpetu acumulado de una avalancha. Fuertes rociones envolvieron al *Nan-Shan* de proa a popa, e instantáneamente, en medio de su balanceo regular, empezó a dar sacudidas y cabezadas como si se hubiera vuelto loca de espanto.

Jukes pensó: «Esto no es broma». Mientras intercambiaba gritos explicativos con su capitán, un súbito oscurecimiento de la noche cayó sobre ellos, descendiendo ante su vista como algo palpable. Fue como si las luces enmascaradas del mundo se hubieran atenuado. Jukes se alegró sin crítica de tener a su capitán a mano. Le alivió como si aquel hombre, con solo subir a cubierta, hubiera cargado sobre sus hombros la mayor parte del peso del temporal. Tal es el prestigio, el privilegio y la carga del mando.

El capitán MacWhirr no podía esperar alivio de ese tipo de nadie en la tierra. Tal es la soledad del mando. Intentaba ver, con esa actitud vigilante de un marino que mira al ojo del viento como al ojo de un adversario, para penetrar la intención oculta y adivinar el objetivo y la fuerza de la embestida. El fuerte viento le azotaba desde una vasta oscuridad; sentía bajo sus pies la inquietud de su barco, y ni siquiera podía discernir la sombra de su

silueta. Deseó que no fuera así; y muy quieto esperó, sintiéndose abatido por la impotencia de un ciego.

Guardar silencio era natural en él, con luz o en la oscuridad. Jukes, a su codo, se hacía oír gritando animadamente entre las ráfagas: «Debemos de haber recibido lo peor de golpe, señor». Un débil estallido de relámpago tembló por todas partes, como si hubiera sido lanzado a una caverna, a una cámara negra y secreta del mar, con un suelo de crestas espumosas.

Desveló por un instante siniestro y trémulo una masa desgarrada de nubes que pendían bajas, el bandazo de las largas siluetas del barco, las figuras negras de los hombres atrapados en el puente, con la cabeza hacia adelante, como petrificados en el acto de embestir. La oscuridad palpité sobre todo esto, y entonces llegó por fin lo de verdad.

Fue algo formidable y rápido, como el súbito estallido de un vial de ira. Pareció explotar alrededor de todo el barco con una conmoción abrumadora y una avalancha de grandes aguas, como si una inmensa presa hubiera sido volada a barlovento. En un instante, los hombres perdieron el contacto entre sí. Este es el poder desintegrador de un gran viento: aísla a uno de sus semejantes. Un terremoto, un desprendimiento de tierras, una avalancha, sorprenden a un hombre de forma incidental, por así decirlo, sin pasión. Un temporal furioso lo ataca como un enemigo personal, intenta agarrar sus miembros, se aferra a su mente, busca arrancar su mismo espíritu de él.

Jukes fue alejado de su comandante. Se imaginó arrastrado a gran distancia por el aire. Todo desapareció —incluso, por un momento, su capacidad de pensar; pero su mano había encontrado uno de los candeleros de la barandilla. Su angustia no se vio aliviada en absoluto por una inclinación a no creer en la realidad de esta experiencia. Aunque joven, había visto mal tiempo, y nunca había dudado de su capacidad para imaginar lo peor; pero esto estaba tan por encima de sus poderes de imaginación que parecía incompatible con la existencia de barco alguno. Se habría mostrado incrédulo sobre sí mismo de la misma manera, tal vez, si no hubiera estado tan acosado por la necesidad de ejercer un esfuerzo de lucha contra una fuerza que intentaba arrancarlo de su agarre. Además, la convicción de no estar completamente destruido le regresó a través de las sensaciones de estar medio ahogado, bestialmente sacudido y parcialmente asfixiado.

Le pareció que permaneció allí precariamente solo con el candelero durante mucho, mucho tiempo. La lluvia le caía a cántaros, fluía, se abatía en cortinas. Respiraba con jadeos; y a veces el agua que tragaba era dulce y a veces salada. La mayor parte del tiempo mantenía los ojos bien cerrados, como si sospechara que su vista podría ser destruida en la inmensa furia de los elementos. Cuando se aventuraba a parpadear apresuradamente, obtenía cierto apoyo moral del destello verde de la luz de estribor que brillaba débilmente sobre el vuelo de la lluvia y los rociones. De hecho, la estaba mirando cuando su rayo cayó sobre el mar encrespado que la apagó. Vio la cabeza de la ola desplomarse, añadiendo la migaja de su estruendo al tremendo fragor que rugía a su alrededor, y casi en el mismo instante el candelero fue arrancado de sus brazos abrazadores. Tras un golpe aplastante en la espalda, se encontró de repente a flote y arrastrado hacia arriba. Su primera e irresistible idea fue que todo el Mar de China se había subido al puente. Luego, más cuerdamente, concluyó que había caído por la borda. Durante todo el tiempo que fue zarandeado, arrojado y revolcado en grandes volúmenes de agua, no dejó de repetir mentalmente, con la máxima precipitación, las palabras: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!».

De repente, en una revuelta de miseria y desesperación, tomó la loca resolución de salir de aquello. Y empezó a agitarse con brazos y piernas. Pero tan pronto como comenzó sus desdichados esfuerzos, descubrió que de alguna manera se había mezclado con una cara, un impermeable, las botas de alguien. Arañó ferozmente todas estas cosas por turno, las perdió, las encontró de nuevo, las volvió a perder una vez más, y finalmente fue él mismo atrapado en el firme abrazo de un par de brazos robustos. Devolvió el abrazo estrechamente alrededor de un cuerpo grueso y sólido. Había encontrado a su capitán.

Rodaron una y otra vez, apretando su abrazo. De repente, el agua los dejó caer con un golpe brutal; y, varados contra el costado de la timonera, sin aliento y magullados, quedaron para tambalearse en el viento y agarrarse donde pudieran.

Jukes salió de aquello bastante horrorizado, como si hubiera escapado de algún ultraje sin parangón dirigido a sus sentimientos. Debilitó su fe en sí mismo. Empezó a gritar sin rumbo al hombre que podía sentir cerca de él en aquella oscuridad diabólica: «¿Es usted, señor? ¿Es usted, señor?», hasta que sus sienas parecieron a punto de estallar. Y oyó en respuesta una voz,

como si gritara muy lejos, como si le gritara con irritación desde una gran distancia, la única palabra:

— ¡Sí!

Otras olas barrieron de nuevo el puente. Las recibió indefenso sobre su cabeza descubierta, con ambas manos ocupadas en agarrarse.

El movimiento del barco era extravagante. Sus bandazos tenían una impotencia espantosa: cabeceaba como si se lanzara de cabeza a un vacío, y parecía encontrar un muro contra el que chocar cada vez. Cuando rolaba, caía de costado de cabeza, y era enderezada por un golpe tan demoledor que Jukes la sentía tambalearse como un hombre apaleado se tambalea antes de desplomarse. El temporal aullaba y se revolvía gigantescamente en la oscuridad, como si el mundo entero fuera un único barranco negro. En ciertos momentos, el aire fluía contra el barco como si fuera succionado a través de un túnel con una fuerza de impacto sólida y concentrada que parecía levantarlo limpiamente fuera del agua y mantenerlo arriba por un instante con solo un temblor recorriéndolo de extremo a extremo. Y entonces comenzaba de nuevo su zarandeo como si lo hubieran dejado caer de nuevo en una caldera hirviendo. Jukes se esforzó por serenar su mente y juzgar las cosas con frialdad.

El mar, aplanado por las ráfagas más fuertes, se levantaba y arrollaba ambos extremos del *Nan-Shan* en néveas avalanchas de espuma, expandiéndose ampliamente, más allá de ambas barandillas, hacia la noche. Y sobre esta lámina deslumbrante, extendida bajo la negrura de las nubes y emitiendo un resplandor azulado, el capitán MacWhirr podía vislumbrar desoladamente unas pocas motas diminutas, negras como el ébano: las tapas de las escotillas, los portalones trincados, las cabezas de los cabrestantes cubiertos, el pie de un mástil. Esto era todo lo que podía ver de su barco. Su estructura central, cubierta por el puente que lo sostenía a él, a su oficial, la timonera cerrada donde un hombre gobernaba encerrado con el miedo de ser barrido por la borda junto con todo el conjunto en un gran estruendo, su estructura central era como una roca de media marea anegada en una costa. Era como una roca aislada con el agua hirviendo, fluyendo por encima, deramándose, batiendo alrededor, como una roca en el oleaje a la que se aferran los náufragos antes de soltarse; solo que se elevaba, se hundía, rolaba

continuamente, sin tregua ni descanso, como una roca que milagrosamente se hubiera desprendido de una costa y se hubiera ido a revolcar por el mar.

El *Nan-Shan* estaba siendo saqueado por la tormenta con una furia insensata y destructiva: velas de capa arrancadas de las fajas extra, toldos con doble trinca volados, el puente barrido, los guardavientos reventados, las barandillas torcidas, las pantallas de las luces destrozadas, y dos de los botes ya se habían ido. Se habían ido sin ser oídos ni vistos, disolviéndose, por así decirlo, en el choque y la asfixia de la ola. Fue solo más tarde, cuando sobre el destello blanco de otra alta mar que se abalanzaba en medio del barco, Jukes tuvo una visión de dos pares de pescantes saltando negros y vacíos desde la negrura sólida, con un aparejo desenganchado volando y una pasteca con herrajes brincando en el aire, que se dio cuenta de lo que había sucedido a unas tres yardas de su espalda.

Asomó la cabeza hacia adelante, buscando a tientas la oreja de su comandante. Sus labios la tocaron: grande, carnosa, muy mojada. Gritó en un tono agitado:

— ¡Nuestros botes se están yendo ahora, señor!

Y de nuevo oyó aquella voz, forzada y sonando débilmente, pero con un penetrante efecto de quietud en la enorme discordia de ruidos, como si fuera enviada desde algún remoto lugar de paz más allá de los negros páramos del temporal; de nuevo oyó una voz de hombre —el sonido frágil e indomable que puede hacerse portador de una infinidad de pensamiento, resolución y propósito, que pronunciará palabras confiadas en el último día, cuando los cielos caigan y se haga justicia—, de nuevo la oyó, y le estaba gritando, como desde muy, muy lejos:

— Todo bien.

Pensó que no había logrado hacerse entender.

— ¡Nuestros botes! ¡Digo botes! ¡Los botes, señor! ¡Dos se han ido!

La misma voz, a un pie de él y sin embargo tan remota, gritó sensatamente:

— No se puede evitar.

El capitán MacWhirr nunca había vuelto la cara, pero Jukes captó algunas palabras más en el viento.

—Qué se puede... esperar... cuando se martillea a través de... tal cosa... Obligado a dejar... algo atrás... es de cajón.

Vigilante, Jukes esperó más. No llegó nada más. Esto era todo lo que el capitán MacWhirr tenía que decir; y Jukes podía imaginarse más que ver la ancha y achaparrada espalda ante él. Una oscuridad impenetrable oprimía los fantasmales destellos del mar. Una sorda convicción se apoderó de Jukes de que no había nada que hacer.

Si el mecanismo de gobierno no cedía, si los inmensos volúmenes de agua no reventaban la cubierta o destrozaban una de las escotillas, si los motores no se rendían, si se podía mantener el rumbo del barco contra este viento terrible, y no se hundía en uno de estos espantosos mares, de cuyas crestas blancas, que se alzaban muy por encima de su proa, solo podía de vez en cuando obtener un atisbo nauseabundo, entonces había una posibilidad de que saliera de aquello. Algo dentro de él pareció dar un vuelco, trayendo a la superficie el sentimiento de que el *Nan-Shan* estaba perdido.

«Está acabado», se dijo a sí mismo, con una sorprendente agitación mental, como si hubiera descubierto un significado inesperado en este pensamiento. Una de estas cosas tenía que suceder. Nada podía prevenirse ahora, y nada podía remediarse. Los hombres a bordo no contaban, y el barco no podía durar. Este tiempo era demasiado imposible.

Jukes sintió un brazo que se posaba pesadamente sobre sus hombros; y a esta insinuación respondió con gran inteligencia agarrando a su capitán por la cintura.

Permanecieron así abrazados en la noche ciega, apoyándose mutuamente contra el viento, mejilla con mejilla y labio a oreja, a la manera de dos cascos de barco amarrados de proa a popa.

Y Jukes oyó la voz de su comandante apenas más fuerte que antes, pero más cercana, como si, habiendo empezado a marchar a través de la prodigiosa embestida del huracán, se le hubiera acercado, portando ese extraño efecto de quietud como el resplandor sereno de un halo.

—¿Sabe adónde ha ido la tripulación? —preguntó, vigorosa y evanescente al mismo tiempo, venciendo la fuerza del viento y arrebatada de Jukes al instante.

Jukes no lo sabía. Estaban todos en el puente cuando la verdadera fuerza del huracán golpeó el barco. No tenía idea de adónde se habían arrastrado. En las circunstancias, no estaban en ninguna parte, para todo el uso que se pudiera hacer de ellos. De alguna manera, el deseo del capitán de saber angustió a Jukes.

—¿Necesita a la tripulación, señor? —gritó, aprensivamente.

—Debería saberlo —aseveró el capitán MacWhirr—. Agárrese fuerte.

Se agarraron fuerte. Un estallido de furia desencadenada, una embestida viciosa del viento estabilizó absolutamente el barco; solo se meció, rápido y ligero como la cuna de un niño, por un terrible momento de suspense, mientras toda la atmósfera, al parecer, pasaba furiosamente a su lado, rugiendo lejos de la tenebrosa tierra.

Los asfixió, y con los ojos cerrados apretaron su agarre. Lo que por la magnitud del choque podría haber sido una columna de agua erguida en la oscuridad, embistió contra el barco, se rompió bruscamente y cayó sobre su puente, aplastantemente, desde lo alto, con un peso muerto y sepulcral.

Un fragmento volante de ese colapso, un mero salpicón, los envolvió en un remolino desde los pies hasta la cabeza, llenando violentamente sus oídos, bocas y fosas nasales con agua salada. Les derribó las piernas, les retorció los brazos con premura, se alejó hirviendo velozmente bajo sus barbillas; y al abrir los ojos, vieron las masas apiladas de espuma que se precipitaban de un lado a otro entre lo que parecían los fragmentos de un barco. Se había rendido como si hubiera sido embestido directamente. Sus corazonces jadeantes cedieron también ante el tremendo golpe; y de repente se irguió de nuevo para su desesperada zambullida, como si intentara salir de debajo de las ruinas.

Los mares en la oscuridad parecían precipitarse desde todos los lados para retenerla donde pudiera perecer. Había odio en la forma en que era tratada, y una ferocidad en los golpes que caían. Era como una criatura viva arrojada a la furia de una multitud: zarandeada terriblemente, golpeada, alzada, arrojada, saltada encima. El capitán MacWhirr y Jukes se mantuvieron agarrados el uno al otro, ensordecidos por el ruido, amordazados por el viento; y el gran tumulto físico que golpeaba sus cuerpos, trajo, como una exhibición desenfrenada de pasión, una profunda turbación a sus almas.

Uno de esos chillidos salvajes y espantosos que se oyen a veces pasar misteriosamente por encima en el rugido constante de un huracán, se abalanzó, como llevado en alas, sobre el barco, y Jukes intentó superarlo a gritos.

—¿Sobrevivirá a esto?

El grito fue arrancado de su pecho. Fue tan involuntario como el nacimiento de un pensamiento en la cabeza, y él mismo no oyó nada. Todo se extinguió a la vez —pensamiento, intención, esfuerzo— y de su grito, la inaudible vibración se sumó a las olas tempestuosas del aire.

No esperaba nada de ello. Nada en absoluto. Porque, en verdad, ¿qué respuesta se podría dar? Pero al cabo de un rato oyó con asombro la voz frágil y resistente en su oído, el sonido enano, invicto en el tumulto gigante.

—¡Puede que sí!

Fue un grito sordo, más difícil de captar que un susurro. Y al poco la voz regresó de nuevo, medio sumergida en los vastos estruendos, como un barco luchando contra las olas de un océano.

—¡Esperemos que sí! —gritó, pequeña, solitaria e impasible, ajena a las visiones de esperanza o miedo; y parpadeó en palabras inconexas:

—Barco... este... nunca... De todos modos... para bien.

Jukes se rindió.

Luego, como si de repente hubiera dado con lo único apto para resistir el poder de una tormenta, pareció ganar fuerza y firmeza para los últimos gritos entrecortados:

—Seguir martilleando... constructores... buenos hombres... Y arriesgarse... motores... Rout... buen hombre.

El capitán MacWhirr retiró su brazo de los hombros de Jukes, y con ello dejó de existir para su oficial, tan oscuro estaba; Jukes, tras una tensa rigidez de cada músculo, se dejaría caer lánguidamente por completo. El tormento de una profunda incomodidad existía junto a una increíble disposición a la somnolencia, como si hubiera sido abofeteado y acosado hasta el adormecimiento. El viento le agarraba la cabeza e intentaba sacudírsela de los hombros; su ropa, llena de agua, era tan pesada como el plomo, fría y goteante como una armadura de hielo derritiéndose: tiritó —duró mucho

tiempo; y con las manos fuertemente cerradas en su agarre, se dejaba hundir lentamente en las profundidades de la miseria corporal. Su mente se concentró en sí mismo de una manera ociosa y sin rumbo, y cuando algo le empujó ligeramente en la parte posterior de las rodillas, casi, como se suele decir, saltó de su piel.

En el respingo hacia adelante chocó con la espalda del capitán MacWhirr, que no se movió; y entonces una mano le agarró el muslo. Había llegado una calma, una calma amenazante del viento, la contención de un aliento tormentoso, y se sintió manoseado por todas partes. Era el contraмаestre. Jukes reconoció aquellas manos, tan gruesas y enormes que parecían pertenecer a alguna nueva especie de hombre.

El contraмаestre había llegado al puente, arrastrándose a cuatro patas contra el viento, y había encontrado las piernas del primer oficial con la coronilla. Inmediatamente se agachó y comenzó a explorar la persona de Jukes hacia arriba con toques prudentes y apologéticos, como correspondía a un inferior.

Era un marinero de cincuenta años, mal encarado, de baja estatura y rudo, toscamente velludo, de piernas cortas, brazos largos, que se asemejaba a un simio anciano. Su fuerza era inmensa; y en sus grandes zarpas nudosas, que abultaban como guantes de boxeo marrones al final de antebrazos peludos, los objetos más pesados eran manejados como juguetes. Aparte del pelaje entrecano de su pecho, el comportamiento amenazador y la voz ronca, no tenía ninguno de los atributos clásicos de su rango. Su buen natural casi rayaba en la imbecilidad: los hombres hacían lo que querían con él, y no tenía ni una onza de iniciativa en su carácter, que era despreocupado y hablador. Por estas razones a Jukes no le gustaba; pero el capitán MacWhirr, para el despectivo disgusto de Jukes, parecía considerarlo un suboficial de primera.

Se izó agarrándose a la chaqueta de Jukes, tomándose esa libertad con la mayor moderación, y solo en la medida en que el huracán le obligaba.

—¿Qué pasa, contraмаestre, qué pasa? —gritó Jukes, impaciente. ¿Qué podía querer ese fraude de contraмаestre en el puente? El tifón había puesto de los nervios a Jukes. Los roncós bramidos del otro, aunque ininteligibles, parecían sugerir un estado de viva satisfacción.

No cabía error. El viejo tonto estaba contento con algo.

La otra mano del contramaestre había encontrado otro cuerpo, pues en un tono cambiado empezó a preguntar:

—¿Es usted, señor? ¿Es usted, señor?

El viento estranguló sus aullidos.

—¡Sí! —gritó el capitán MacWhirr.

IV

Todo lo que el contramaestre, a fuerza de una sobreabundancia de gritos, pudo dejarle claro al capitán MacWhirr fue la extraña noticia de que «Todos esos chinos en la entrecubierta de proa se han soltado, señor».

Jukes, a sotavento, podía oír a estos dos gritar a menos de quince centímetros de su cara, como se puede oír en una noche tranquila a media milla de distancia a dos hombres conversando a través de un campo. Oyó el exasperado «¿Qué? ¿Qué?» del capitán MacWhirr y el tono forzado de la ronquera del otro.

—En un montón... los he visto yo mismo... Vista horrible, señor... pensé... en decírselo.

Jukes permaneció indiferente, como si la fuerza del huracán, que hacía que el mero pensamiento de la acción fuera completamente vano, le hubiera vuelto irresponsable. Además, siendo muy joven, había encontrado la ocupación de mantener su corazón completamente acerado contra lo peor tan absorbente que había llegado a sentir una aversión abrumadora hacia cualquier otra forma de actividad. No estaba asustado; lo sabía porque, creyendo firmemente que nunca vería otro amanecer, permanecía tranquilo en esa creencia.

Estos son los momentos de heroísmo pasivo a los que incluso los hombres buenos se rinden a veces. Muchos oficiales de barco sin duda pueden recordar un caso en su experiencia en el que un trance semejante de aturrido estoicismo se apoderaba de repente de toda la tripulación. Jukes, sin embargo, no tenía una amplia experiencia ni con hombres ni con tormentas. Se concebía a sí mismo como tranquilo —inexorablemente tranquilo—; pero, de hecho, estaba amedrentado; no de forma abyecta, sino solo hasta donde un hombre decente puede estarlo, sin volverse despreciable para sí mismo.

Era más bien como un forzado entumecimiento del espíritu. El largo, larguísimo estrés de un temporal lo produce; el suspense de la catástrofe que culmina interminablemente; y hay una fatiga corporal en el mero hecho de aferrarse a la existencia dentro del tumulto excesivo; una fatiga penetrante e insidiosa que cala hondo en el pecho de un hombre para abatir y entristecer su corazón, que es incorregible y, de todos los dones de la tierra — incluso antes que la vida misma —, aspira a la paz.

Jukes estaba mucho más entumecido de lo que suponía. Se aferraba — muy mojado, muy frío, rígido en cada miembro —; y en una alucinación momentánea de visiones fugaces (se dice que un hombre que se ahoga repasa así toda su vida) contempló todo tipo de recuerdos totalmente desconectados de su situación actual. Recordó a su padre, por ejemplo: un digno hombre de negocios que, en una desafortunada crisis de sus asuntos, se fue tranquilamente a la cama y murió al instante en un estado de resignación. Jukes no recordaba estas circunstancias, por supuesto, pero permaneciendo por lo demás indiferente, le pareció ver distintamente el rostro del pobre hombre; una cierta partida de napoleón jugada cuando era apenas un niño en la bahía de la Mesa a bordo de un barco, perdido desde entonces con toda su tripulación; las espesas cejas de su primer capitán; y sin ninguna emoción, como podría haber entrado años atrás apáticamente en su habitación y haberla encontrado sentada allí con un libro, recordó a su madre — muerta, también, ahora —, la mujer resuelta, que quedó en mala situación económica y que había sido muy firme en su crianza.

No pudo haber durado más de un segundo, quizás ni siquiera tanto. Un brazo pesado había caído sobre sus hombros; la voz del capitán MacWhirr pronunciaba su nombre en su oído.

— ¡Jukes! ¡Jukes!

Detectó el tono de profunda preocupación. El viento había arrojado su peso sobre el barco, tratando de inmovilizarlo entre los mares. Rompían limpiamente sobre él, como sobre un tronco que nada a gran profundidad; y el peso acumulado de los estruendos amenazaba monstruosamente desde lejos. Las rompientes se lanzaban desde la noche con una luz fantasmal en sus crestas — la luz de la espuma del mar que, en un pálido y feroz destello hirviente, mostraba sobre el esbelto cuerpo del barco la embestida que se desplomaba, la caída y la frenética y bullente carrera de cada ola. Ni por un

momento podía ella librarse del agua; Jukes, rígido, percibió en su movimiento la ominosa señal de un tambaleo azaroso. Ya no luchaba inteligentemente. Era el principio del fin; y la nota de ajetreada preocupación en la voz del capitán MacWhirr le repugnó como una exhibición de ciega y perniciosa locura.

El hechizo de la tormenta había caído sobre Jukes. Estaba penetrado por él, absorbido por él; estaba arraigado en él con un rigor de muda atención. El capitán MacWhirr persistía en sus gritos, pero el viento se interponía entre ellos como una cuña sólida. Se colgó del cuello de Jukes, pesado como una piedra de molino, y de repente sus cabezas chocaron.

— ¡Jukes! ¡Señor Jukes, digo!

Tuvo que responder a esa voz que no se dejaba silenciar. Respondió de la manera acostumbrada:

— ...Sí, señor.

Y directamente, su corazón, corrompido por la tormenta que engendra un anhelo de paz, se rebeló contra la tiranía del entrenamiento y el mando.

El capitán MacWhirr tenía la cabeza de su oficial firmemente sujeta en la curva de su codo, y la presionaba contra sus labios vociferantes misteriosamente. A veces Jukes interrumpía, advirtiendo apresuradamente: «¡Cuidado, señor!», o el capitán MacWhirr bramaba una seria exhortación a «¡Agárrese fuerte!», y todo el universo negro parecía tambalearse junto con el barco. Hacían una pausa. Aún flotaba. Y el capitán MacWhirr reanudaba sus gritos.

— ...Dice... que todos... se han soltado... Hay que ver... qué pasa.

En cuanto la fuerza plena del huracán golpeó el barco, cada parte de su cubierta se volvió insostenible; y los marineros, aturdidos y consternados, se refugiaron en el pasillo de babor bajo el puente. Tenía una puerta a popa, que cerraron; estaba muy oscuro, frío y lúgubre. A cada fuerte bandazo del barco, gemían todos juntos en la oscuridad, y se oían toneladas de agua correteando por encima como si intentaran alcanzarlos. El contramaestre había mantenido una charla brusca, pero un grupo de hombres más irrazonable, dijo después, nunca lo había encontrado. Estaban bastante cómodos allí, fuera de peligro, y tampoco se les pedía que hicieran nada; y, sin embargo, no hacían más que refunfuñar y quejarse con irritación como tantos niños

enfermos. Finalmente, uno de ellos dijo que si al menos hubiera habido algo de luz para verse las narices unos a otros, no estaría tan mal. Lo estaba volviendo loco, declaró, yacer allí en la oscuridad esperando que la maldita carraca se hundiera.

—¿Por qué no sales fuera, entonces, y acabas de una vez? —se volvió hacia él el contraмаestre.

Esto provocó un grito de execración. El contraмаestre se vio abrumado por reproches de todo tipo. Parecían tomar a mal que no se creara instantáneamente una lámpara para ellos de la nada. ¡Se quejarían por una luz para ahogarse con ella, de todos modos! Y aunque lo irracional de sus injurias era patente —ya que nadie podía esperar llegar al pañol de luces, que estaba a proa—, se sintió muy angustiado. No le parecía decente que le estuvieran fastidiando así. Se lo dijo, y fue recibido con un desprecio general. Buscó refugio, por lo tanto, en un silencio amargado. Al mismo tiempo, sus quejas, suspiros y murmullos le preocupaban enormemente, pero poco a poco se le ocurrió que había seis lámparas de globo colgadas en la entrecubierta, y que no podía haber ningún mal en privar a los culis de una de ellas.

El *Nan-Shan* tenía un carbonero transversal que, al ser utilizado a veces como espacio de carga, comunicaba por una puerta de hierro con la entrecubierta de proa. Estaba vacío entonces, y su registro era el más avanzado del pasillo. El contraмаestre podía entrar, por lo tanto, sin salir a cubierta en absoluto; pero para su gran sorpresa, descubrió que no podía convencer a nadie para que le ayudara a quitar la tapa del registro. La buscó a tientas de todos modos, pero uno de los tripulantes que yacía en su camino se negó a moverse.

—Pero, hombre, si solo quiero traeros esa maldita luz por la que estáis llorando —protestó, casi lastimeramente.

Alguien le dijo que fuera a meter la cabeza en un saco. Lamentó no poder reconocer la voz, y que estuviera demasiado oscuro para ver; de lo contrario, como dijo, le habría partido la cara a ese hijo de un cocinero de barco, de cualquier modo, se hundiera o flotara. Sin embargo, había decidido demostrarles que podía conseguir una luz, aunque tuviera que morir por ello.

Debido a la violencia del balanceo del barco, cada movimiento era peligroso. Estar tumbado parecía ya suficiente trabajo. Casi se rompió el cuello al caer en el carbonero. Cayó de espaldas, y fue lanzado de un lado a otro, indefenso, en la peligrosa compañía de una pesada barra de hierro — probablemente un avivador de carbón— que alguien había dejado allí. Aquella cosa le puso tan nervioso como si hubiera sido una fiera. No podía verla, ya que el interior del carbonero, recubierto de polvo de carbón, era perfecta e impenetrablemente negro; pero la oía deslizarse y traquetear, y golpear aquí y allá, siempre cerca de su cabeza. Parecía hacer un ruido extraordinario también, dar golpes sordos como si hubiera sido tan grande como una viga de puente. Esto fue lo suficientemente notable como para que se diera cuenta mientras era lanzado de babor a estribor y de vuelta, y arañaba desesperadamente los lisos costados del carbonero en un esfuerzo por detenerse. La puerta hacia la entrecubierta no encajaba del todo bien, y vio un hilo de luz tenue en la parte inferior.

Siendo marinero, y un hombre todavía activo, no necesitó mucho para recuperar el equilibrio; y quiso la suerte que, al trepar, puso la mano sobre el avivador de hierro, recogiéndolo mientras se levantaba. De lo contrario, habría temido que la cosa le rompiera las piernas, o al menos lo derribara de nuevo. Al principio se quedó quieto. Se sentía inseguro en esa oscuridad que parecía hacer que el movimiento del barco fuera desconocido, imprevisto y difícil de contrarrestar. Se sintió tan sacudido por un momento que no se atrevió a moverse por miedo a «perder el control de nuevo». No tenía intención de hacerse pedazos en ese carbonero.

Se había golpeado la cabeza dos veces; estaba un poco aturdido. Le pareció oír todavía tan claramente el traqueteo y los golpes del avivador de hierro volando cerca de sus oídos que apretó el agarre para demostrarse a sí mismo que lo tenía allí, seguro en su mano. Estaba vagamente asombrado de la claridad con que allí abajo podía oír rugir el temporal. Sus aullidos y chillidos parecían adquirir, en el vacío del carbonero, algo de carácter humano, de rabia y dolor humanos, no siendo vastos sino infinitamente conmovedores. Y había, con cada balanceo, golpes también — golpes profundos y pesados, como si un objeto voluminoso de unas cinco toneladas se hubiera soltado en la bodega. Pero no había tal cosa en la carga. ¿Algo en cubierta? Imposible. ¿O al costado? No podía ser.

Pensó todo esto rápidamente, clara y competentemente, como un marino, y al final quedó perplejo. Este ruido, sin embargo, llegaba amortiguado desde fuera, junto con el chapoteo y el vertido de agua en la cubierta sobre su cabeza. ¿Era el viento? Debía serlo. Hacía allí abajo un estruendo como el griterío de una gran multitud de hombres enloquecidos. Y descubrió en sí mismo un deseo de luz también — aunque solo fuera para ahogarse con ella — y una nerviosa ansiedad por salir de ese carbonero lo más rápido posible.

Tiró del cerrojo: la pesada placa de hierro giró sobre sus goznes; y fue como si hubiera abierto la puerta a los sonidos de la tempestad. Le recibió una ráfaga de gritos roncós: el aire estaba quieto; y el torrente de agua por encima quedaba cubierto por un tumulto de chillidos guturales y ahogados que producían un efecto de confusión desesperada. Abrió las piernas todo lo ancho del umbral y estiró el cuello. Y al principio solo percibió lo que había venido a buscar: seis pequeñas llamas amarillas que se balanceaban violentamente sobre el gran cuerpo de la penumbra.

Estaba apuntalado como la galería de una mina, con una fila de puntales en el medio y vigas transversales por encima, que se adentraban en la oscuridad hacia adelante, indefinidamente. Y a babor se cernía, como el derumbe de uno de los costados, una masa voluminosa con un contorno inclinado. Todo el lugar, con las sombras y las formas, se movía todo el tiempo. El contra maestre miró fijamente: el barco se escoró a estribor, y un gran aullido provino de esa masa que tenía la inclinación de la tierra caída.

Pedazos de madera pasaron zumbando. Tablones, pensó, inexpresablemente sobresaltado, y echando la cabeza hacia atrás. A sus pies un hombre se deslizó, con los ojos abiertos, de espaldas, esforzándose con los brazos levantados hacia la nada; y otro vino rebotando como una piedra desprendida con la cabeza entre las piernas y las manos apretadas. Su coleta chicoteaba en el aire; agarró las piernas del contra maestre, y de su mano abierta un disco blanco y brillante rodó contra el pie del contra maestre. Reconoció un dólar de plata, y le gritó con asombro. Con un precipitado sonido de pisoteo y arrastrar de pies descalzos, y con gritos guturales, el montículo de cuerpos retorciéndose apilados a babor se desprendió del costado del barco y, desliziéndose, inerte y luchando, se desplazó a estribor, con un golpe sordo y brutal. Los gritos cesaron. El contra maestre oyó un largo gemido a través del rugido y el silbido del viento; vio una confusión inextricable de cabezas

y hombros, plantas de pies desnudas pateando hacia arriba, puños levantados, espaldas que se revolvían, piernas, coletas, rostros.

— ¡Santo Dios! — gritó, horrorizado, y cerró de golpe la puerta de hierro sobre esta visión.

Esto era lo que había subido a contar al puente. No podía guardárselo para sí; y a bordo de un barco solo hay un hombre al que vale la pena desahogarse. En su regreso, los marineros del pasillo le insultaron por tonto. ¿Por qué no traía esa lámpara? ¿Qué demonios le importaban a nadie los culis? Y cuando salió, la situación extrema del barco hizo que lo que sucedía en su interior pareciera de poca importancia.

Al principio pensó que había abandonado el pasillo en el mismo momento en que se hundía. Las escalas del puente habían sido arrancadas por el mar, pero una enorme ola que llenaba la cubierta de popa lo elevó. Después de eso, tuvo que yacer boca abajo durante un tiempo, agarrado a un cáncamo, recuperando el aliento de vez en cuando y tragando agua salada. Siguió avanzando a gatas, demasiado asustado y desorientado para retroceder. De esta manera llegó a la parte trasera de la timonera. En ese lugar comparativamente resguardado encontró al segundo oficial.

El contramaestre se sorprendió gratamente; su impresión era que todos en cubierta debían de haber sido barridos por el mar hacía mucho tiempo. Preguntó ansiosamente dónde estaba el capitán.

El segundo oficial yacía agazapado, como un animalillo maligno bajo un seto.

— ¿El capitán? Se ha caído por la borda, después de meternos en este lío. — El oficial también, por lo que él sabía o le importaba. Otro tonto. No importaba. Todos iban a caer tarde o temprano.

El contramaestre se arrastró de nuevo hacia la fuerza del viento; no porque esperara encontrar a alguien, dijo, sino solo para alejarse de «ese hombre». Se arrastró como los parias que van a enfrentarse a un mundo inclemente. De ahí su gran alegría al encontrar a Jukes y al capitán. Pero lo que estaba sucediendo en la entrecubierta era para él un asunto menor en ese momento. Además, era difícil hacerse oír. Pero logró transmitir la idea de que los chinos se habían soltado junto con sus cofres, y que había subido a propósito para informar de ello. En cuanto a la tripulación, estaban todos

bien. Luego, apaciguado, se dejó caer en la cubierta en postura sentada, abrazando con brazos y piernas el pedestal del telégrafo de la sala de máquinas, una pieza de fundición tan gruesa como un poste. Cuando eso se fuera, bueno, esperaba irse él también. No pensó más en los culis.

El capitán MacWhirr le había hecho entender a Jukes que quería que bajara, a ver.

—¿Qué debo hacer entonces, señor? —Y el temblor de todo su cuerpo mojado hizo que la voz de Jukes sonara como un balido.

—Vea primero... El contramaestre... dice... que están sueltos.

—Ese contramaestre es un maldito tonto —aulló Jukes, temblorosamente.

Lo absurdo de la orden que se le imponía le sublevaba. Estaba tan poco dispuesto a ir como si en el momento en que abandonara la cubierta el barco fuera a hundirse con seguridad.

—Debo saber... no puedo dejar...

—Se calmarán, señor.

—Pelean... el contramaestre dice que pelean... ¿Por qué? No puedo tener... peleas... a bordo del barco... Preferiría mantenerle aquí... por si... acaso... yo mismo... fuera arrastrado por la borda... Deténgalo... de alguna manera. Vea y dígame... por el tubo acústico de la sala de máquinas. No quiero que... suba aquí... muy a menudo. Peligroso... moverse... por cubierta.

Jukes, sujeto con la cabeza inmovilizada, tuvo que escuchar lo que parecían sugerencias horribles.

—No quiero... que se pierda... mientras... el barco no lo esté... Rout... Buen hombre... El barco... puede... salir de esta... bien todavía.

De repente, Jukes comprendió que tendría que ir.

—¿Cree que puede? —gritó.

Pero el viento devoró la respuesta, de la que Jukes solo oyó una palabra, pronunciada con gran energía:

—...Siempre...

El capitán MacWhirr soltó a Jukes y, inclinándose sobre el contra-
maestre, gritó:

— Vuelva con el oficial.

Jukes solo supo que el brazo había desaparecido de sus hombros. Fue de-
spedido con sus órdenes, ¿para hacer qué? Estaba tan exasperado que soltó
su agarre descuidadamente, y al instante fue arrastrado por el viento. Le
pareció que nada podría impedir que fuera lanzado directamente por la
popa. Se arrojó al suelo apresuradamente, y el contra-
maestre, que le seguía, cayó sobre él.

— ¡No se levante todavía, señor! — gritó el contra-
maestre — . ¡No hay prisa!

Una ola los barrió. Jukes entendió que el contra-
maestre balbuceaba que las escalas del puente habían desaparecido.

— Le bajaré yo, señor, sujetándole por las manos — gritó.

También gritó algo sobre que la chimenea tenía tantas probabilidades de
caer por la borda como de no hacerlo. Jukes lo consideró muy posible, e
imaginó los fuegos apagados, el barco indefenso... El contra-
maestre a su lado seguía gritando.

— ¿Qué? ¿Qué es? — gritó Jukes angustiado; y el otro repitió:

— ¿Qué diría mi vieja si me viera ahora?

En el pasillo, donde había entrado mucha agua y chapoteaba en la oscuri-
dad, los hombres estaban quietos como la muerte, hasta que Jukes tropezó
con uno de ellos y lo maldijo salvajemente por estorbar. Dos o tres voces
preguntaron entonces, ansiosas y débiles:

— ¿Hay alguna oportunidad para nosotros, señor?

— ¿Qué os pasa, tontos? — dijo brutalmente.

Sintió como si pudiera arrojarse entre ellos y no moverse nunca más.
Pero parecieron animarse; y en medio de obsequiosas advertencias:
«¡Cuidado! ¡Cuidado con la tapa del registro, señor!», lo bajaron al car-
bonero. El contra-
maestre se derrumbó tras él, y tan pronto como se levantó,
comentó:

—Ella diría: «Te lo mereces, viejo tonto, por hacerte a la mar».

El contraмаestre tenía algunos ahorros, y se empeñaba en aludir a ellos con frecuencia. Su esposa —una mujer gorda— y dos hijas mayores regentaban una frutería en el East End de Londres.

En la oscuridad, Jukes, inestable sobre sus piernas, escuchó un leve repiqueteo atronador. Un griterío amortiguado continuaba constantemente a su codo, por así decirlo; y desde arriba, el tumulto más fuerte de la tormenta descendía sobre estos sonidos cercanos. La cabeza le daba vueltas. A él también, en ese carbonero, el movimiento del barco le pareció nuevo y amenazador, minando su resolución como si nunca antes hubiera estado a flote.

Estuvo a punto de salir trepando de nuevo; pero el recuerdo de la voz del capitán MacWhirr lo hizo imposible. Sus órdenes eran ir y ver. ¿De qué servía?, quería saber. Enfurecido, se dijo a sí mismo que vería, por supuesto. Pero el contraмаestre, tambaleándose torpemente, le advirtió que tuviera cuidado al abrir esa puerta; había una maldita pelea en marcha. Y Jukes, como si sintiera un gran dolor físico, quiso saber con irritación por qué demonios estaban peleando.

—¡Dólares! ¡Dólares, señor! Todos sus podridos cofres se han reventado. El maldito dinero saltando por todo el lugar, y ellos se lanzan tras él de cabeza, arañando y mordiendo como fieras. Un verdadero infiernillo ahí dentro.

Jukes abrió la puerta convulsivamente. El bajo contraмаestre se asomó por debajo de su brazo.

Una de las lámparas se había apagado, rota quizás. Gritos rencorosos y guturales estallaron ruidosamente en sus oídos, y un extraño sonido jadeante, el trabajo de todos esos pechos esforzados. Un fuerte golpe sacudió el costado del barco: el agua cayó por encima con un impacto aturdidor, y en el primer plano de la penumbra, donde el aire era rojizo y espeso, Jukes vio una cabeza golpear violentamente la cubierta, dos gruesas pantorrillas agitarse en alto, brazos musculosos enroscados alrededor de un cuerpo desnudo, un rostro amarillo, con la boca abierta y una mirada fija y salvaje, mirar hacia arriba y deslizarse. Un cofre vacío traqueteó al volcarse; un hombre cayó de cabeza con un salto, como levantado por una patada; y más

lejos, indistintos, otros se deslizaban como una masa de piedras rodando por un terraplén, golpeando la cubierta con los pies y agitando los brazos salvajemente. La escala de la escotilla estaba cargada de culis que pululaban sobre ella como abejas en una rama. Colgaban de los peldaños en un grupo que se arrastraba y se movía, golpeando frenéticamente con los puños la parte inferior de la escotilla trincada, y la precipitada caída del agua por encima se oía en los intervalos de sus gritos. El barco se escoró más, y empezaron a desprenderse: primero uno, luego dos, luego todos los demás se fueron juntos, cayendo de golpe con un gran grito.

Jukes estaba confundido. El contramaestre, con ruda ansiedad, le rogó:

—No entre ahí, señor.

Todo el lugar parecía retorcerse sobre sí mismo, saltando incesantemente mientras tanto; y cuando el barco se levantó ante una ola, a Jukes le pareció que todos esos hombres serían arrojados sobre él en masa. Retrocedió, cerró la puerta de un portazo y, con manos temblorosas, empujó el cerrojo.

...

Tan pronto como su oficial se fue, el capitán MacWhirr, solo en el puente, se deslizó y tambaleó hasta la timonera. Como la puerta tenía las bisagras hacia proa, tuvo que luchar contra el temporal para entrar, y cuando por fin logró hacerlo, fue con un traqueteo y un golpe instantáneos, como si lo hubieran disparado a través de la madera. Se quedó dentro, agarrado al picaporte.

El servomotor de gobierno perdía vapor, y en el espacio confinado, el cristal de la bitácora formaba un óvalo brillante de luz en una fina niebla blanca. El viento aullaba, zumbaba, silbaba, con súbitas ráfagas estruendosas que hacían vibrar las puertas y los postigos con el vicioso repiqueteo de los rociones. Dos rollos de sondaleza y una pequeña bolsa de lona colgada de un largo acollador se balanceaban ampliamente y volvían aferrándose a los mamparos. Los enjaretados del suelo estaban casi a flote; con cada golpe de mar, el agua salía a chorros violentamente por las rendijas alrededor de la puerta, y el hombre al timón se había quitado la gorra y la chaqueta, y estaba apoyado contra la carcasa del mecanismo con una camisa de algodón a rayas abierta sobre el pecho. La pequeña rueda de latón en sus manos tenía la apariencia de un juguete brillante y frágil. Los tendones de

su cuello estaban tensos y delgados, una mancha oscura yacía en el hueco de su garganta, y su rostro estaba quieto y hundido como el de un muerto.

El capitán MacWhirr se secó los ojos. El mar que casi lo había arrastrado por la borda le había quitado, para su gran disgusto, el sombrero sueste de su calva. El cabello rubio y esponjoso, empapado y oscurecido, parecía una mísera madeja de hilos de algodón festoneada alrededor de su cráneo desnudo. Su rostro, reluciente de agua de mar, se había puesto carmesí por el viento, por el escozor de los rociones. Parecía como si acabara de salir sudando de delante de un horno.

—¿Usted aquí? —murmuró, pesadamente.

El segundo oficial había encontrado el camino a la timonera un tiempo antes. Se había acomodado en un rincón con las rodillas levantadas, un puño presionado contra cada sien; y esta actitud sugería rabia, pena, resignación, rendición, con una especie de rencor concentrado. Dijo lúgubre y desafiante:

—Bueno, ahora es mi guardia de descanso, ¿no?

El servomotor traqueteó, se detuvo, volvió a traquetear; y los globos oculares del timonel parecían proyectarse fuera de un rostro hambriento como si la rosa de los vientos detrás del cristal de la bitácora hubiera sido carne. Sabe Dios cuánto tiempo lo habían dejado allí gobernando, como si todos sus compañeros lo hubieran olvidado. No se habían tocado las campanas; no había habido relevos; la rutina del barco se había ido al garete; pero él intentaba mantener el rumbo norte-nordeste. El timón podría haberse perdido por lo que él sabía, los fuegos apagados, los motores averiados, el barco a punto de volcar como un cadáver. Estaba ansioso por no confundirse y perder el control de su rumbo, porque la rosa de los vientos se desviaba mucho a ambos lados, retorciéndose sobre el pivote, y a veces parecía girar por completo. Sufría de estrés mental. Tenía un miedo horrible, también, de que la timonera se viniera abajo. Montañas de agua seguían desplomándose contra ella. Cuando el barco daba una de sus zambullidas desesperadas, las comisuras de sus labios se contraían.

El capitán MacWhirr miró el reloj de la timonera. Atornillado al mamparo, tenía una esfera blanca en la que las manecillas negras parecían estar completamente quietas. Era la una y media de la madrugada.

—Otro día —murmuró para sí mismo.

El segundo oficial le oyó y, levantando la cabeza como quien se lamenta entre ruinas, exclamó:

—No lo verá amanecer. —Se podía ver que le temblaban violentamente las muñecas y las rodillas—. ¡No, por Dios! No lo verá...

Volvió a cubrirse el rostro con los puños.

El cuerpo del timonel se había movido ligeramente, pero su cabeza no se movió de su cuello, como una cabeza de piedra fijada para mirar en una dirección desde una columna. Durante un balanceo que casi le arrancó las piernas calzadas de debajo, y en el mismo tambaleo para salvarse, el capitán MacWhirr dijo austeramente:

—No le preste atención a lo que dice ese hombre. —Y luego, con un indefinible cambio de tono, muy grave, añadió—: No está de servicio.

El marinero no dijo nada.

El huracán retumbaba, sacudiendo el pequeño espacio, que parecía herético; y la luz de la bitácora parpadeaba todo el tiempo.

—No le han relevado —continuó el capitán MacWhirr, mirando hacia abajo—. Quiero que se quede al timón, sin embargo, todo el tiempo que pueda. Le ha cogido el tranquilo. Otro hombre que viniera aquí podría estropearlo. No serviría. No es un juego de niños. Y la tripulación probablemente esté ocupada con un trabajo abajo... ¿Cree que puede?

El servomotor de gobierno saltó en un abrupto y corto traqueteo, se detuvo humeando como una brasa; y el hombre inmóvil, con una mirada fija, estalló, como si toda la pasión en él se hubiera ido a sus labios:

—¡Por los cielos, señor! Puedo gobernar para siempre si nadie me habla.

—¡Oh! ¡Claro! De acuerdo... —El capitán levantó los ojos por primera vez hacia el hombre—. Hackett.

Y pareció desechar este asunto de su mente. Se inclinó hacia el tubo acústico de la sala de máquinas, sopló y agachó la cabeza. El señor Rout abajo respondió, y de inmediato el capitán MacWhirr puso sus labios en la boquilla.

Con el estruendo del temporal a su alrededor, aplicó alternativamente sus labios y su oído, y la voz del maquinista ascendió hasta él, áspera y como salida del fragor de un combate. Uno de los fogoneros estaba incapacitado, los otros se habían rendido, el segundo maquinista y el fogonero del burro estaban avivando el fuego. El tercer maquinista estaba junto a la válvula de vapor. Los motores estaban siendo atendidos a mano. ¿Cómo estaba arriba?

—Bastante mal. Depende sobre todo de usted —dijo el capitán MacWhirr—. ¿Ha bajado ya el oficial? ¿No? Bueno, lo hará en seguida. ¿Le permitiría el señor Rout hablar por el tubo acústico? Por el tubo acústico de cubierta, porque él —el capitán— iba a salir de nuevo al puente directamente. Había algún problema entre los chinos. Estaban peleando, al parecer. No podía permitir peleas de ninguna manera...

El señor Rout se había alejado, y el capitán MacWhirr podía sentir contra su oído la pulsación de los motores, como el latido del corazón del barco. La voz del señor Rout allá abajo gritó algo a lo lejos. El barco cabeceó de proa, la pulsación saltó con un tumulto sibilante y se detuvo en seco. El rostro del capitán MacWhirr era impasible, y sus ojos estaban fijos sin rumbo en la figura agazapada del segundo oficial. De nuevo, la voz del señor Rout gritó en las profundidades, y los latidos pulsantes recomenzaron, con lentos golpes, cada vez más rápidos.

El señor Rout había vuelto al tubo.

—No importa mucho lo que hagan —dijo, apresuradamente; y luego, con irritación—: Se zambulle como si no tuviera intención de volver a subir.

—Mar terrible —dijo la voz del capitán desde arriba.

—¡No me deje hundirla! —ladró Solomon Rout por el tubo.

—Oscuridad y lluvia. No puedo ver lo que viene —pronunció la voz—. Debo... mantenerla... moviéndose... lo suficiente para gobernar... y arriesgarme —continuó afirmando distintamente.

—Estoy haciendo todo lo que me atrevo.

—Nos están... destrozando... bastante aquí arriba —procedió la voz suavemente—. Aunque... vamos... bastante bien. Por supuesto, si la timonera se viniera abajo...

El señor Rout, inclinando un oído atento, murmuró algo entre dientes con irritación.

Pero la voz pausada de arriba se animó para preguntar:

—¿Ha aparecido ya Jukes? —Luego, tras una corta espera—: Ojalá echara una mano. Quiero que termine y suba aquí por si acaso. Para cuidar del barco. Estoy completamente solo. El segundo oficial está perdido...

—¿Qué? —gritó el señor Rout en la sala de máquinas, apartando la cabeza. Luego, por el tubo, gritó—: ¿Ha caído por la borda? —y se pegó la oreja.

—Ha perdido los nervios —continuó la voz de arriba en un tono práctico—. Circunstancia condenadamente incómoda.

El señor Rout, escuchando con el cuello inclinado, abrió mucho los ojos ante esto. Sin embargo, oyó algo parecido a los sonidos de una refriega y exclamaciones entrecortadas que le llegaban. Aguzó el oído; y todo el tiempo Beale, el tercer maquinista, con los brazos en alto, sostenía entre las palmas de sus manos el borde de una pequeña rueda negra que sobresalía del costado de un gran tubo de cobre.

Parecía estar sosteniéndola sobre su cabeza, como si fuera una postura correcta en algún tipo de juego.

Para estabilizarse, presionaba el hombro contra el mamparo blanco, una rodilla flexionada y un trapo para el sudor metido en el cinturón colgando de su cadera. Su mejilla lisa estaba tiznada y sonrojada, y el polvo de carbón en sus párpados, como el lápiz negro de un maquillaje, realzaba el brillo líquido del blanco de sus ojos, dando a su rostro juvenil algo de un aspecto femenino, exótico y fascinante. Cuando el barco cabeceaba, con rápidos movimientos de sus manos, giraba con fuerza la pequeña rueda.

—Se ha vuelto loco —comenzó de repente la voz del capitán en el tubo—. Se abalanzó sobre mí... justo ahora. Tuve que derribarlo... En este mismo instante. ¿Oyó, señor Rout?

—¡El diablo! —murmuró el señor Rout—. ¡Cuidado, Beale!

Su grito resonó como el toque de una trompeta de advertencia entre las paredes de hierro de la sala de máquinas. Pintadas de blanco, se elevaban hacia la penumbra del tragaluz, inclinadas como un tejado; y todo el eleva-

do espacio se asemejaba al interior de un monumento, dividido por pisos de rejilla de hierro, con luces parpadeando a diferentes niveles, y una masa de oscuridad persistiendo en el centro, dentro del movimiento columnar de la maquinaria bajo el inmóvil oleaje de los cilindros. Una resonancia fuerte y salvaje, compuesta por todos los ruidos del huracán, habitaba en el calor inmóvil del aire. Había en él olor a metal caliente, a aceite y una ligera neblina de vapor. Los golpes del mar parecían atravesarlo en un impacto sordo y aturdidor, de lado a lado.

Destellos, como largas llamas pálidas, temblaban sobre el pulido del metal; desde el piso de abajo, las enormes cabezas de las bielas emergían por turno con un destello de latón y acero, dando vueltas; mientras que las bielas, de grandes articulaciones, como miembros de esqueleto, parecían empujarlas hacia abajo y tirar de ellas hacia arriba de nuevo con una precisión irresistible. Y en lo profundo de la penumbra, otras varillas se movían deliberadamente de un lado a otro, las crucetas asentían, discos de metal se frotaban suavemente unos contra otros, lentos y suaves, en una mezcla de sombras y destellos.

A veces, todos esos movimientos poderosos e infalibles se ralentizaban simultáneamente, como si hubieran sido las funciones de un organismo vivo, golpeado de repente por la plaga del languor; y los ojos del señor Rout ardían más oscuros en su largo y pálido rostro. Estaba librando esta batalla con un par de zapatillas de alfombra. Una chaqueta corta y brillante apenas le cubría los lomos, y sus muñecas blancas sobresalían mucho de las mangas ajustadas, como si la emergencia hubiera añadido a su estatura, hubiera alargado sus miembros, aumentado su palidez, ahuecado sus ojos.

Se movía, subiendo alto, desapareciendo bajo, con una diligencia inquieta y resuelta, y cuando se quedaba quieto, sujetando la barandilla de seguridad frente al mecanismo de arranque, no dejaba de mirar a la derecha al manómetro, al indicador de nivel de agua, fijados en la pared blanca a la luz de una lámpara oscilante. Las bocas de dos tubos acústicos bostezaban estúpidamente a su codo, y el dial del telégrafo de la sala de máquinas se parecía a un reloj de gran diámetro, que llevaba en su esfera palabras cortas en lugar de cifras. Las letras agrupadas destacaban en un negro pesado, alrededor del eje del indicador, enfáticamente simbólicas de fuertes exclamaciones: ADELANTE, ATRÁS, LENTO, MEDIA, ATENCIÓN; y la

gruesa manecilla negra apuntaba hacia abajo, a la palabra MÁQUINA, que, así destacada, capturaba la vista como un grito agudo capta la atención.

La mole de madera del cilindro de baja presión, que se cernía imponente desde arriba, emitía un leve silbido a cada empuje, y excepto por ese bajo siseo, los motores movían sus miembros de acero a toda velocidad o lentamente con una suavidad silenciosa y decidida. Y todo esto, las paredes blancas, el acero en movimiento, las planchas del suelo bajo los pies de Solomon Rout, los pisos de rejilla de hierro sobre su cabeza, la penumbra y los destellos, subía y bajaba continuamente, al unísono, sobre el áspero batir de las olas contra el costado del barco. Toda la altura del lugar, retumbando hueca a la gran voz del viento, se balanceaba en la cima como un árbol, se inclinaba por completo, como arrastrada de un lado a otro por las tremendas ráfagas.

— Tiene que darse prisa — gritó el señor Rout, tan pronto como vio a Jukes aparecer en la puerta de la carbonera.

La mirada de Jukes era errática y vacilante; su rostro rojo estaba hinchado, como si hubiera dormido demasiado. Había tenido un camino arduo, y lo había recorrido con inmensa vivacidad, la agitación de su mente correspondiendo a los esfuerzos de su cuerpo. Había salido corriendo del carbonero, tropezando en el pasillo oscuro entre un montón de hombres desconcertados que, al ser pisados, preguntaban «¿Qué pasa, señor?» en murmullos temerosos a su alrededor; bajó por la escala de la carbonera, saltándose muchos peldaños de hierro en su prisa, hasta un lugar profundo como un pozo, negro como el Tofet, que se inclinaba hacia atrás y hacia adelante como un balancín. El agua en las sentinas tronaba a cada bandazo, y trozos de carbón saltaban de un lado a otro, de extremo a extremo, traqueteando como una avalancha de guijarros en una ladera de hierro.

Alguien allí gemía de dolor, y se podía ver a otro agachado sobre lo que parecía el cuerpo postrado de un hombre muerto; una voz vigorosa blasfemaba; y el resplandor bajo cada puerta del horno era como un charco de sangre llameante que irradiaba silenciosamente en una negrura aterciopelada.

Una ráfaga de viento golpeó la nuca de Jukes y al momento siguiente la sintió correr por sus tobillos mojados. Los ventiladores de la carbonera zumbaban: frente a las seis puertas de los hornos, dos figuras salvajes,

desnudas de cintura para arriba, se tambaleaban y se agachaban, luchando con dos palas.

— ¡Vaya! ¡Ahora hay mucho tiro! — gritó de inmediato el segundo maquinista, como si hubiera estado todo el tiempo esperando a Jukes. El fogonero del burro, un tipo pequeño y pulcro con una piel deslumbrantemente clara y un bigotito diminuto y rojizo, trabajaba en una especie de éxtasis mudo. Mantenían la presión de vapor al máximo, y un profundo estruendo, como el de una furgoneta de mudanzas vacía trotando sobre un puente, constituía un bajo sostenido para todos los demás ruidos del lugar.

— Desfogando todo el tiempo — seguía gritando el segundo. Con un sonido como de cien cacerolas fregadas, el orificio de un ventilador le escupió en el hombro un repentino chorro de agua salada, y lanzó una sarta de maldiciones contra todas las cosas de la tierra, incluida su propia alma, desgañitándose y despotricando, y todo el tiempo atendiendo a su trabajo. Con un agudo choque de metal, el ardiente resplandor pálido del fuego se abrió sobre su cabeza redonda, mostrando sus labios farfullantes, su rostro insolente, y con otro clangor se cerró como el guiño al rojo vivo de un ojo de hierro.

— ¿Dónde está el maldito barco? ¿Puede decírmelo? ¡Maldita sea mi suerte! ¿Bajo el agua, o qué? Está cayendo aquí a toneladas. ¿Se han ido al infierno las condenadas caperuzas? ¿Eh? ¿No sabe nada, usted, alegre marinero...?

Jukes, tras un momento de desconcierto, había sido ayudado por un bاندazo para pasar rápidamente; y tan pronto como sus ojos captaron la comparativa vastedad, paz y brillantez de la sala de máquinas, el barco, asentando pesadamente su popa en el agua, lo envió de cabeza contra el señor Rout.

El brazo del jefe, largo como un tentáculo y enderezándose como si fuera accionado por un resorte, salió a su encuentro, y desvió su embestida en un giro hacia los tubos acústicos. Al mismo tiempo, el señor Rout repitió seriamente:

— Tiene que darse prisa, sea lo que sea.

Jukes gritó:

—¿Está ahí, señor? —y escuchó. Nada. De repente, el rugido del viento cayó directamente en su oído, pero al poco una vocecilla apartó silenciosamente al huracán vociferante.

—¿Usted, Jukes? ¿Y bien?

Jukes estaba listo para hablar: solo el tiempo parecía faltar. Era bastante fácil explicarlo todo. Podía imaginar perfectamente a los culis encerrados en la apestosa entrecubierta, yacientes, enfermos y asustados entre las hileras de cofres. Luego, uno de esos cofres —o quizás varios a la vez— soltándose en un bandazo, golpeando a otros, los costados partiéndose, las tapas abriéndose de golpe, y todos esos torpes chinos levantándose en masa para salvar sus propiedades. Después, cada bandazo del barco arrojaría a esa turba que pisoteaba y gritaba de aquí para allá, de lado a lado, en un torbellino de madera destrozada, ropa rasgada, dólares rodando. Una vez iniciada la lucha, serían incapaces de detenerse. Nada podría detenerlos ahora excepto la fuerza bruta. Era un desastre. Lo había visto, y eso era todo lo que podía decir. Algunos de ellos debían de estar muertos, creía. El resto seguiría luchando...

Envió sus palabras hacia arriba, tropezando unas con otras, apiñándose en el estrecho tubo. Ascendieron como hacia un silencio de una comprensión iluminada que moraba sola allá arriba con una tormenta. Y Jukes quería ser liberado de la faz de ese odioso problema que se entrometía en la gran necesidad del barco.

V

Esperó. Ante sus ojos, los motores giraban con lento trabajo, que en el momento de lanzarse a una sacudida loca se detenían en seco al grito del señor Rout: «¡Cuidado, Beale!». Se detenían en una inmovilidad inteligente, quietos a media carrera, una pesada manivela detenida en la inclinación, como si fueran conscientes del peligro y del paso del tiempo. Luego, con un «¡Ahora, vamos!» del jefe, y el sonido de una respiración expulsada a

través de dientes apretados, completaban la revolución interrumpida y comenzaban otra.

Había la prudente sagacidad de la sabiduría y la deliberación de una fuerza enorme en sus movimientos. Este era su trabajo: este paciente engatusamiento de un barco desconcertado sobre la furia de las olas y hacia el mismísimo ojo del viento. A veces, la barbilla del señor Rout se hundía en su pecho, y los observaba con el ceño fruncido como si estuviera perdido en sus pensamientos.

La voz que mantenía el huracán fuera del oído de Jukes comenzó:

—Llévese a la tripulación con usted... —y se interrumpió inesperadamente.

—¿Qué podría hacer con ellos, señor?

Un clangor áspero, abrupto e imperioso explotó de repente. Los tres pares de ojos volaron hacia el dial del telégrafo para ver la manecilla saltar de MÁQUINA a PARA, como si la hubiera arrebatado un demonio. Y entonces, estos tres hombres en la sala de máquinas tuvieron la íntima sensación de un freno en el barco, de una extraña contracción, como si se hubiera recogido para un salto desesperado.

—¡Párela! —bramó el señor Rout.

Nadie —ni siquiera el capitán MacWhirr, que solo en cubierta había vislumbrado una línea blanca de espuma que se acercaba a tal altura que no podía creer lo que veía—, nadie sabría la pendiente de aquella ola y la espantosa profundidad del valle que el huracán había excavado detrás del muro de agua en movimiento.

Corrió al encuentro del barco y, con una pausa, como si se ciñera los lomos, el *Nan-Shan* levantó la proa y saltó. Las llamas de todas las lámparas bajaron, oscureciendo la sala de máquinas. Una se apagó. Con un estruendo desgarrador y un tumulto arremolinado y delirante, toneladas de agua cayeron sobre la cubierta, como si el barco se hubiera lanzado bajo el pie de una catarata.

Allí abajo se miraron, aturdidos.

—¡Barrido de punta a punta, por Dios! —vociferó Jukes.

Se hundió en el valle directamente hacia abajo, como si cayera por el borde del mundo. La sala de máquinas se inclinó hacia adelante amenazadoramente, como el interior de una torre que cabecea en un terremoto. Un estruendo espantoso, de cosas de hierro cayendo, provino de la carbonera. Permaneció en esa inclinación aterradora el tiempo suficiente para que Beale cayera de manos y rodillas y comenzara a gatear como si quisiera salir volando a cuatro patas de la sala de máquinas, y para que el señor Rout girara la cabeza lentamente, rígido, cavernoso, con la mandíbula inferior caída. Jukes había cerrado los ojos, y su rostro en un momento se volvió desesperadamente inexpresivo y apacible, como el rostro de un ciego.

Finalmente se levantó lentamente, tambaleándose, como si tuviera que levantar una montaña con su proa.

El señor Rout cerró la boca; Jukes parpadeó; y el pequeño Beale se puso de pie apresuradamente.

—Otra como esta, y es el fin de ella —gritó el jefe.

Él y Jukes se miraron, y el mismo pensamiento les vino a la cabeza. ¡El capitán! Todo debía de haber sido barrido. El servomotor de gobierno perdido, el barco como un tronco. Todo acabado en un instante.

—¡Rápido! —exclamó el señor Rout con voz ahogada, mirando con ojos agrandados y dudosos a Jukes, quien le respondió con una mirada irresoluta.

El clangor de la campana del telégrafo los calmó al instante. La manecilla negra cayó en un instante de PARA a MÁQUINA.

—¡Ahora, Beale! —gritó el señor Rout.

El vapor siseó bajo. Los vástagos de los pistones se deslizaban hacia adentro y hacia afuera. Jukes pegó la oreja al tubo. La voz estaba lista para él. Dijo:

—Recoja todo el dinero. Écheme una mano ahora. Le necesitaré aquí arriba. —Y eso fue todo.

—¿Señor? —llamó Jukes. No hubo respuesta.

Se alejó tambaleándose como un hombre derrotado del campo de batalla. Se había hecho, de una forma u otra, un corte sobre la ceja izquierda, un

corte hasta el hueso. No era consciente de ello en lo más mínimo: cantidades del Mar de China, lo suficientemente grandes como para romperle el cuello, le habían pasado por encima de la cabeza, habían limpiado, lavado y salado esa herida. No sangraba, solo se abría roja; y este tajo sobre el ojo, su cabello desgreñado, el desorden de su ropa, le daban el aspecto de un hombre vencido en una pelea a puñetazos.

—Tengo que recoger los dólares. —Apeló al señor Rout, sonriendo lastimeramente al azar.

—¿Qué es eso? —preguntó el señor Rout, salvajemente—. ¿Recoger...? No me importa... —Luego, temblando en cada músculo, pero con una exageración de tono paternal—: Váyase ahora, por el amor de Dios. Ustedes, la gente de cubierta, me van a volver loco. Ahí está ese segundo oficial que ha ido a por el viejo. ¿No lo sabe? Ustedes se están descarriando por falta de algo que hacer...

Ante estas palabras, Jukes descubrió en sí mismo los comienzos de la ira. Falta de algo que hacer, de verdad... Lleno de ardiente desprecio contra el jefe, se dio la vuelta para ir por donde había venido. En la carbonera, el rolizo fogonero del burro trabajaba con su pala mudamente, como si le hubieran cortado la lengua; pero el segundo se comportaba como un maníaco ruidoso e intrépido, que había conservado su habilidad en el arte de alimentar una caldera marina.

—¡Eh, oficial errante! ¡Oiga! ¿No puede conseguir que algunos de sus tiradores de porquería saquen algunas de estas cenizas? Me estoy ahogando con ellas aquí. ¡Maldita sea! ¡Eh! ¡Oiga! Recuerde los artículos: marineros y fogoneros deben ayudarse mutuamente. ¡Eh! ¿Oye?

Jukes salía trepando frenéticamente, y el otro, levantando la cara tras él, aulló:

—¿No puede hablar? ¿Qué hace husmeando por aquí? ¿A qué juega, de todos modos?

Un frenesí se apoderó de Jukes. Para cuando estuvo de vuelta entre los hombres en la oscuridad del pasillo, se sintió listo para retorcerles el cuello a todos a la menor señal de vacilación. El solo pensamiento de ello lo exasperaba. Él no podía vacilar. Ellos no debían.

La impetuosidad con la que llegó entre ellos los arrastró. Ya habían estado excitados y sobresaltados por todas sus idas y venidas, por la ferocidad y rapidez de sus movimientos; y más sentido que visto en sus embestidas, parecía formidable, ocupado en asuntos de vida o muerte que no admitían demora. A su primera palabra los oyó caer al carbonero uno tras otro obedientemente, con fuertes golpes sordos.

No tenían claro lo que habría que hacer. «¿Qué es? ¿Qué es?», se preguntaban unos a otros. El contraamaestre intentó explicar; los sonidos de una gran refriega los sorprendieron: y los poderosos choques, que reverberaban terriblemente en el negro carbonero, les recordaban su peligro. Cuando el contraamaestre abrió la puerta de par en par, pareció que un remolino del huracán, colándose por los costados de hierro del barco, había puesto a todos esos cuerpos a girar como polvo: les llegó un clamor confuso, un tumulto tempestuoso, un murmullo feroz, ráfagas de gritos que se extinguían, y el pisotear de pies mezclándose con los golpes del mar.

Por un momento se quedaron mirando asombrados, bloqueando la entrada. Jukes se abrió paso entre ellos brutalmente. No dijo nada, y simplemente se lanzó adentro. Otro grupo de culis en la escala, luchando suicidamente por abrirse paso a través de la escotilla trincada hacia una cubierta inundada, cayó como antes, y él desapareció bajo ellos como un hombre alcanzado por un desprendimiento de tierra.

El contraamaestra gritó excitado:

— ¡Vamos! ¡Sacad al oficial! Lo van a pisotear hasta la muerte. ¡Vamos!

Cargaron adentro, pisando pechos, dedos, caras, enganchándose los pies en montones de ropa, pateando madera rota; pero antes de que pudieran agarrarlo, Jukes emergió hasta la cintura en una multitud de manos que arañaban. En el instante en que se había perdido de vista, todos los botones de su chaqueta habían desaparecido, su espalda se había rajado hasta el cuello, su chaleco se había abierto de un tirón. La masa central de chinos en lucha se fue con el bandazo, oscura, indistinta, indefensa, con un brillo salvaje de muchos ojos en la tenue luz de las lámparas.

— ¡Dejadme en paz, malditos! ¡Estoy bien! — chilló Jukes — . ¡Empujadlos hacia proa! Aprovechad la oportunidad cuando cabecee. ¡Adelante con ellos! ¡Empujadlos contra el mamparo! ¡Apelotonadlos!

La embestida de los marineros en la hirviente entrecubierta fue como un chorro de agua fría en una caldera hirviendo. La conmoción amainó por un momento.

El grueso de los chinos estaba trabado en una refriega tan compacta que, enlazando sus brazos y ayudados por una espantosa zambullida del barco, los marineros lo enviaron hacia adelante en un gran empujón, como un bloque sólido. Detrás de sus espaldas, pequeños grupos y cuerpos sueltos caían de un lado a otro.

El contramaestre realizó prodigiosas hazañas de fuerza. Con sus largos brazos abiertos, y cada gran zarpa aferrada a un puntal, detuvo la embestida de siete chinos entrelazados que rodaban como una roca. Sus articulaciones crujieron; dijo: «¡Ja!», y se separaron. Pero el carpintero demostró mayor inteligencia. Sin decir una palabra a nadie, volvió al pasillo para buscar varios rollos de aparejo de carga que había visto allí: cadena y cabo. Con estos se instalaron líneas de vida.

Realmente no hubo resistencia. La lucha, comoquiera que comenzara, se había convertido en una pelea de pánico ciego. Si los culis se habían levantado en busca de sus dólares esparcidos, para entonces solo luchaban por mantenerse en pie. Se agarraban del cuello unos a otros simplemente para salvarse de ser arrojados de un lado a otro. Quienquiera que se agarrara a algo, pateaba a los otros que se aferraban a sus piernas y se colgaban, hasta que un bandazo los enviaba volando juntos a través de la cubierta.

La llegada de los demonios blancos fue un terror. ¿Habían venido a matar? Los individuos arrancados de la refriega se volvían muy flácidos en las manos de los marineros: algunos, arrastrados a un lado por los talones, estaban pasivos, como cadáveres, con los ojos abiertos y fijos. Aquí y allá, un culi caía de rodillas como pidiendo clemencia; varios, a quienes el exceso de miedo los volvía ingobernables, fueron golpeados con duros puñetazos entre los ojos, y se encogieron; mientras que los que estaban heridos se sometían a un trato rudo, parpadeando rápidamente sin una queja. Los rostros chorreaban sangre; había zonas en carne viva en las cabezas rapadas, arañazos, moratones, heridas desgarradas, tajos. La porcelana rota de los cofres era la principal responsable de estos últimos. Aquí y allá un chino, con los ojos desorbitados, la coleta destrenzada, se curaba una planta del pie sangrante.

Habían sido dispuestos en filas apretadas, después de haber sido sometidos a base de sacudidas, abofeteados un poco para calmar la excitación, y dirigidos con bruscas palabras de aliento que sonaban como promesas de mal. Se sentaron en la cubierta en filas macabras y caídas, y al final el carpintero, con dos hombres para ayudarlo, se movía atareadamente de un lugar a otro, tensando y amarrando las líneas de vida. El contraamaestre, con una pierna y un brazo abrazando un puntal, luchaba con una lámpara apretada contra su pecho, tratando de encenderla, y gruñendo todo el tiempo como un gorila industrial. Las figuras de los marineros se inclinaban repetidamente, con los movimientos de los espigadores, y todo estaba siendo arrojado al carbonero: ropa, madera destrozada, porcelana rota, y los dólares también, recogidos en las chaquetas de los hombres. De vez en cuando un marinero se tambaleaba hacia la puerta con los brazos llenos de basura; y ojos dolientes y rasgados seguían sus movimientos.

Con cada bandazo del barco, las largas filas de Celestiales sentados se balanceaban hacia adelante de forma entrecortada, y sus zambullidas de cabeza chocaban la línea de cráneos rapados de punta a punta. Cuando el chapoteo del agua que rodaba sobre la cubierta se extinguía por un momento, a Jukes, todavía temblando por sus esfuerzos, le parecía que en su loca lucha allá abajo había vencido al viento de alguna manera: que un silencio había caído sobre el barco, un silencio en el que el mar golpeaba atronadamente sus costados.

Todo había sido despejado de la entrecubierta, todos los restos, como decían los hombres. Estaban de pie y tambaleándose por encima del nivel de las cabezas y los hombros caídos. Aquí y allá un culi sollozaba por falta de aliento. Donde caía la luz cenital, Jukes podía ver las costillas salientes de uno, el rostro amarillo y melancólico de otro; cuellos inclinados; o se encontraba con una mirada apagada dirigida a su rostro. Estaba asombrado de que no hubiera habido cadáveres; pero todos parecían estar en las últimas, y le parecieron más dignos de lástima que si hubieran estado todos muertos.

De repente, uno de los culis comenzó a hablar. La luz iba y venía sobre su rostro demacrado y tenso; levantó la cabeza como un perro de caza ladrando. Del carbonero llegaban los sonidos de golpes y el tintineo de algunos dólares rodando sueltos; extendió el brazo, su boca se abrió negra como un bostezo, y los incomprensibles sonidos guturales y ululantes, que no

parecían pertenecer a un lenguaje humano, penetraron a Jukes con una extraña emoción, como si una bestia hubiera intentado ser elocuente.

Dos más comenzaron a proferir lo que a Jukes le parecieron feroces denuncias; los otros se agitaron con gruñidos y rugidos. Jukes ordenó a la tripulación salir de la entrecubierta apresuradamente. Salió el último, retrocediendo por la puerta, mientras los gruñidos se elevaban a un fuerte murmullo y las manos se extendían tras él como tras un malhechor. El contramaestre corrió el cerrojo y comentó con inquietud:

— Parece como si el viento hubiera amainado, señor.

Los marineros se alegraron de volver al pasillo. Secretamente, cada uno de ellos pensaba que en el último momento podría salir corriendo a cubierta, y eso era un consuelo. Hay algo horriblemente repugnante en la idea de ahogarse bajo cubierta. Ahora que habían terminado con los chinos, volvieron a ser conscientes de la posición del barco.

Jukes, al salir del pasillo, se encontró hasta el cuello en el agua ruidosa. Ganó el puente y descubrió que podía distinguir formas oscuras como si su vista se hubiera vuelto preternaturalmente aguda. Vio contornos tenues. No recordaban el aspecto familiar del *Nan-Shan*, sino algo recordado: un viejo vapor desmantelado que había visto años atrás pudriéndose en un banco de lodo. Recordaba a aquel pecio.

No había viento, ni un soplo, excepto las débiles corrientes creadas por los bandazos del barco. El humo que salía de la chimenea se estaba asentando sobre su cubierta. Lo respiró al pasar hacia proa. Sintió el latido deliberado de los motores, y oyó pequeños sonidos que parecían haber sobrevivido al gran estruendo: el golpeteo de accesorios rotos, el rápido volteo de algún trozo de wreckage en el puente. Percibió vagamente la forma achaparrada de su capitán aferrado a una barandilla torcida del puente, inmóvil y balanceándose como si estuviera arraigado a las tablas. La inesperada quietud del aire oprimía a Jukes.

— Lo hemos hecho, señor — jadeó.

— Pensé que lo haríais — dijo el capitán MacWhirr.

— ¿De verdad? — murmuró Jukes para sí mismo.

— El viento amainó de golpe — continuó el capitán.

Jukes estalló:

— Si cree que fue un trabajo fácil...

Pero su capitán, aferrado a la barandilla, no prestó atención.

— Según los libros, lo peor no ha pasado todavía.

— Si la mayoría de ellos no hubieran estado medio muertos por el mareo y el miedo, ni uno de nosotros habría salido vivo de esa entrecubierta — dijo Jukes.

— Había que hacer lo justo con ellos — murmuró MacWhirr, impasible —. No se encuentra todo en los libros.

— ¡Vaya, creo que se habrían amotinado contra nosotros si no hubiera ordenado a la tripulación salir de allí bien rápido! — continuó Jukes con ardor.

Después del susurro de sus gritos, sus tonos ordinarios, tan distintos, resonaron muy fuertes en sus oídos en la asombrosa quietud del aire. Les pareció que estaban hablando en una bóveda oscura y resonante.

A través de una abertura irregular en la cúpula de nubes, la luz de unas pocas estrellas caía sobre el mar negro, que subía y bajaba confusamente. A veces, la cabeza de un cono acuoso se desplomaba a bordo y se mezclaba con el torbellino de espuma en la cubierta inundada; y el *Nan-Shan* se revolcaba pesadamente en el fondo de una cisterna circular de nubes. Este anillo de densos vapores, que giraba locamente alrededor de la calma del centro, rodeaba al barco como un muro inmóvil e ininterrumpido de un aspecto inconcebiblemente siniestro. Dentro, el mar, como agitado por una conmoción interna, saltaba en montículos puntiagudos que se empujaban unos a otros, golpeando pesadamente contra sus costados; y un bajo sonido quejumbroso, el lamento infinito de la furia de la tormenta, provenía de más allá de los límites de la amenazante calma. El capitán MacWhirr permaneció en silencio, y el oído atento de Jukes captó de repente el rugido débil y prolongado de alguna inmensa ola que se precipitaba invisible bajo esa espesa negrura, que constituía el espantoso límite de su visión.

— Por supuesto — comenzó resentido —, pensaron que habíamos aprovechado la oportunidad para saquearlos. ¡Por supuesto! Usted dijo: recoja el dinero. Es más fácil decirlo que hacerlo. No podían saber lo que

teníamos en la cabeza. Entramos, de golpe, justo en medio de ellos. Tuvi-
mos que hacerlo a la carrera.

—Mientras esté hecho... —murmuró el capitán, sin intentar mirar a Jukes
—. Había que hacer lo justo.

—Ya veremos que habrá que pagar las consecuencias cuando esto ter-
mine —dijo Jukes, sintiéndose muy dolido—. Deje que se recuperen un
poco y ya verá. Se nos lanzarán al cuello, señor. No olvide, señor, que ahora
no es un barco británico. Esos brutos lo saben bien, también. La maldita
bandera siamesa.

—Estamos a bordo, de todos modos —comentó el capitán MacWhirr.

—El problema no ha terminado todavía —insistió Jukes, proféticamente,
tambaleándose y agarrándose—. Es un pecio —añadió, débilmente.

—El problema no ha terminado todavía —asintió el capitán MacWhirr,
medio en voz alta—. Vigílela un minuto.

—¿Va a bajar de cubierta, señor? —preguntó Jukes, apresuradamente,
como si la tormenta fuera a abalanzarse sobre él tan pronto como se quedara
solo con el barco.

La observó, maltrecha y solitaria, trabajando pesadamente en una escena
salvaje de montañosas aguas negras iluminadas por los destellos de mundos
lejanos. Se movía lentamente, exhalando en el núcleo inmóvil del huracán
el exceso de su fuerza en una nube blanca de vapor, y la vibración de tono
grave del escape era como el trompeteo desafiante de una criatura viva del
mar impaciente por la reanudación del combate. Cesó de repente. El aire
inmóvil gimió. Sobre la cabeza de Jukes, unas pocas estrellas brillaban en
un pozo de vapores negros. El borde tintado del disco de nubes se cernía
sobre el barco bajo el retazo de cielo reluciente. Las estrellas, también,
parecían mirarla atentamente, como por última vez, y el cúmulo de su es-
plendor se asentaba como una diadema sobre una frente amenazadora.

El capitán MacWhirr había entrado en el cuarto de derrota. No había luz
allí; pero podía sentir el desorden de aquel lugar donde solía vivir ordenada-
mente. Su sillón estaba volcado. Los libros se habían caído al suelo: aplastó
un trozo de cristal bajo su bota. Buscó a tientas las cerillas y encontró una
caja en un estante con un profundo reborde. Encendió una y, frunciendo las

comisuras de los ojos, acercó la pequeña llama al barómetro, cuya reluciente parte superior de cristal y metales le asentía continuamente.

Marcaba muy bajo, increíblemente bajo, tan bajo que el capitán MacWhirr gruñó. La cerilla se apagó, y apresuradamente sacó otra, con dedos gruesos y rígidos.

De nuevo, una pequeña llama brilló ante el cristal y el metal oscilantes de la parte superior. Sus ojos la miraron, entornados con atención, como si esperaran una señal imperceptible. Con su rostro grave, se parecía a un pagano calzado y deforme quemando incienso ante el oráculo de un Joss. No había error. Era la lectura más baja que había visto en su vida.

El capitán MacWhirr emitió un silbido bajo. Se olvidó de sí mismo hasta que la llama disminuyó a una chispa azul, le quemó los dedos y desapareció. ¡Quizás algo había ido mal con el aparato!

Había un barómetro aneroide atornillado sobre el sofá. Se volvió en esa dirección, encendió otra cerilla y descubrió el rostro blanco del otro instrumento mirándolo desde el mamparo, significativamente, sin admitir réplica, como si la sabiduría de los hombres se volviera infalible por la indiferencia de la materia. Ya no había lugar a dudas. El capitán MacWhirr bufó y tiró la cerilla.

Lo peor estaba por llegar, entonces, y si los libros tenían razón, esto peor sería muy malo. La experiencia de las últimas seis horas había ampliado su concepción de cómo podía ser el mal tiempo. «Será terrible», pronunció, mentalmente. No había mirado conscientemente nada a la luz de las cerillas excepto el barómetro; y, sin embargo, de alguna manera había visto que su botella de agua y los dos vasos habían sido arrojados de su soporte. Parecía darle un conocimiento más íntimo del zarandeo que el barco había sufrido. «No lo habría creído», pensó. Y su mesa también había sido despejada; sus reglas, sus lápices, el tintero, todas las cosas que tenían sus lugares seguros y designados, habían desaparecido, como si una mano traviesa las hubiera arrancado una por una y las hubiera arrojado al suelo mojado. El huracán había irrumpido en los arreglos ordenados de su privacidad. Esto nunca había sucedido antes, y el sentimiento de consternación llegó hasta el mismo asiento de su compostura. ¡Y lo peor estaba por llegar todavía! Se alegró de que el problema en la entrecubierta se hubiera descubierto a tiempo. Si el barco tenía que irse al fondo después de todo, entonces, al menos, no

se iría con un montón de gente luchando a brazo partido en su interior. Eso habría sido odioso. Y en ese sentimiento había una intención humana y un vago sentido de la propiedad de las cosas.

Estos pensamientos instantáneos eran, sin embargo, en su esencia, pesados y lentos, participando de la naturaleza del hombre. Extendió la mano para volver a poner la caja de cerillas en su rincón del estante. Siempre había cerillas allí, por orden suya. El mayordomo tenía sus instrucciones grabadas mucho antes. «Una caja... justo ahí, ¿ves? No muy llena... donde pueda poner la mano, mayordomo. Podría necesitar una luz de prisa. No se puede saber a bordo de un barco lo que podrías necesitar de prisa. Tenga cuidado, ahora».

Y, por supuesto, por su parte, él tendría cuidado de volver a ponerla en su sitio escrupulosamente. Lo hizo ahora, pero antes de retirar la mano se le ocurrió que quizás nunca más tendría ocasión de usar esa caja. La viveza del pensamiento lo detuvo y, por una fracción infinitesimal de segundo, sus dedos se cerraron de nuevo sobre el pequeño objeto como si hubiera sido el símbolo de todos esos pequeños hábitos que nos encadenan a la fatigosa rutina de la vida. Finalmente lo soltó y, dejándose caer en el sofá, escuchó los primeros sonidos del viento que regresaba.

Todavía no. Solo oía el chapoteo del agua, los fuertes salpicones, los golpes sordos de los mares confusos que abordaban su barco por todos lados. Nunca tendría la oportunidad de despejar sus cubiertas.

Pero la quietud del aire era sorprendentemente tensa e insegura, como un fino cabello que sostiene una espada suspendida sobre su cabeza. Por esta pausa terrible, la tormenta penetró las defensas del hombre y desató sus labios. Habló en la soledad y la oscuridad total del camarote, como si se dirigiera a otro ser despertado dentro de su pecho.

—No me gustaría perderla —dijo en voz baja.

Se sentó invisible, apartado del mar, de su barco, aislado, como retirado de la misma corriente de su propia existencia, donde tales excentricidades como hablar consigo mismo seguramente no tenían lugar. Sus palmas reposaban sobre sus rodillas, inclinó su corto cuello y resopló pesadamente, rindiéndose a una extraña sensación de cansancio que no era lo suficientemente ilustrado como para reconocer como la fatiga del estrés mental.

Desde donde estaba sentado, podía alcanzar la puerta de un armario de lavabo. Debería haber una toalla allí. La había. Bien... La sacó, se secó la cara y después siguió frotándose la cabeza mojada. Se secó con energía en la oscuridad, y luego permaneció inmóvil con la toalla sobre las rodillas. Pasó un momento, de una quietud tan profunda que nadie podría haber adivinado que había un hombre sentado en ese camarote. Luego surgió un murmullo.

— Todavía puede salir de esta.

Cuando el capitán MacWhirr salió a cubierta, lo que hizo bruscamente, como si de repente se hubiera dado cuenta de que se había ausentado demasiado tiempo, la calma ya había durado más de quince minutos, lo suficiente como para hacerse intolerable incluso para su imaginación. Jukes, inmóvil en la parte delantera del puente, comenzó a hablar de inmediato. Su voz, inexpresiva y forzada como si hablara con los dientes apretados, parecía fluir por todos lados hacia la oscuridad, que se profundizaba de nuevo sobre el mar.

— Relevé al timonel. Hackett empezó a gritar que estaba acabado. Está ahí tumbado junto al servomotor de gobierno con cara de muerto. Al principio no pude conseguir que nadie saliera a rastras a relevar al pobre diablo. Ese contramaestre es peor que inútil, siempre lo dije. Pensé que tendría que ir yo mismo y sacar a uno de ellos por el cuello.

— Ah, bueno — murmuró el capitán. Se quedó vigilante al lado de Jukes.

— El segundo oficial está ahí también, sujetándose la cabeza. ¿Está herido, señor?

— No, loco — dijo el capitán MacWhirr, secamente.

— Aunque parece como si se hubiera caído.

— Tuve que darle un empujón — explicó el capitán.

Jukes dio un suspiro impaciente.

— Vendrá muy de repente — dijo el capitán MacWhirr —, y de por allí, me parece. Aunque solo Dios lo sabe. Estos libros solo sirven para confundirte la cabeza y ponerte nervioso. Será malo, y punto. Si tan solo podemos hacerla virar a tiempo para encontrarlo...

Pasó un minuto. Algunas de las estrellas parpadearon rápidamente y desaparecieron.

—¿Los dejó bastante seguros? —comenzó el capitán abruptamente, como si el silencio fuera insoportable.

—¿Piensa en los culis, señor? Instalé líneas de vida en todas direcciones en esa entrecubierta.

—¿Lo hizo? Buena idea, señor Jukes.

—No... pensé que le importara... saber —dijo Jukes, el bandazo del barco cortó su discurso como si alguien lo estuviera zarandeando mientras hablaba—, cómo me las arreglé con... ese trabajo infernal. Lo hicimos. Y puede que al final no importe.

—Había que hacer lo justo, por todos, aunque solo sean chinos. Darles la misma oportunidad que a nosotros, ¡qué demonios! Aún no está perdida. Ya es bastante malo estar encerrado abajo en un temporal...

—Eso es lo que pensé cuando me dio el trabajo, señor —interrumpió Jukes, de mal humor.

—...sin ser hecho pedazos —prosiguió el capitán MacWhirr con creciente vehemencia—. No podría permitir que eso sucediera en mi barco, aunque supiera que no le quedaban cinco minutos de vida. No podría soportarlo, señor Jukes.

Un ruido hueco y resonante, como el de un grito rodando en un abismo rocoso, se acercó al barco y se alejó de nuevo. La última estrella, borrosa, agrandada, como si volviera a la niebla ígnea de su principio, luchó con la colosal profundidad de la negrura que pendía sobre el barco, y se extinguió.

—¡Ahora a por ello! —murmuró el capitán MacWhirr—. Señor Jukes.

—Aquí, señor.

Los dos hombres se estaban volviendo indistintos el uno para el otro.

—Debemos confiar en que lo atraviese y salga por el otro lado. Eso es claro y directo. Aquí no hay lugar para la estrategia de tormenta del capitán Wilson.

—No, señor.

—Será sofocada y barrida de nuevo durante horas —murmuró el capitán—. Ya no queda mucho en cubierta para que el mar se lo lleve, a menos que a usted o a mí.

—A ambos, señor —susurró Jukes, sin aliento.

—Siempre se adelanta a los problemas, Jukes —le recriminó el capitán MacWhirr de manera singular—. Aunque es un hecho que el segundo oficial no sirve. ¿Oye, señor Jukes? Se quedaría solo si...

El capitán MacWhirr se interrumpió, y Jukes, mirando a todos lados, permaneció en silencio.

—No se deje abatir por nada —continuó el capitán, murmurando bastante rápido—. Manténgala de cara a él. Pueden decir lo que quieran, pero los mares más pesados corren con el viento. De cara a él, siempre de cara a él, esa es la manera de atravesarlo. Usted es un marino joven. Enfréntelo. Eso es suficiente para cualquier hombre. Mantenga la cabeza fría.

—Sí, señor —dijo Jukes, con un aleteo en el corazón.

En los siguientes segundos, el capitán habló a la sala de máquinas y obtuvo una respuesta.

Por alguna razón, Jukes experimentó un acceso de confianza, una sensación que venía de fuera como un aliento cálido, y le hizo sentirse capaz de cualquier exigencia. El murmullo distante de la oscuridad se coló en sus oídos. Lo notó impasible, a partir de esa repentina fe en sí mismo, como un hombre seguro en una cota de malla observaría un punto vulnerable.

El barco trabajaba sin interrupción entre las negras colinas de agua, pagando con este duro zarandeo el precio de su vida. Retumbaba en sus profundidades, lanzando un penacho blanco de vapor en la noche, y el pensamiento de Jukes se deslizó como un pájaro por la sala de máquinas, donde el señor Rout —buen hombre— estaba listo. Cuando el retumbar cesó, le pareció que hubo una pausa de todo sonido, una pausa muerta en la que la voz del capitán MacWhirr sonó sorprendentemente.

—¿Qué es eso? ¿Una ráfaga de viento? —habló mucho más fuerte de lo que Jukes le había oído nunca— En la proa. Eso es. Todavía puede salir de esta.

El murmullo de los vientos se acercaba rápidamente. En la vanguardia se distinguía un lamento somnoliento y despierto que pasaba, y a lo lejos el crecimiento de un clamor múltiple, que marchaba y se expandía. Había en él el redoble como de muchos tambores, una nota viciosa y apresurada, y como el cántico de una multitud que marcha.

Jukes ya no podía ver a su capitán distintamente. La oscuridad se estaba apilando absolutamente sobre el barco. A lo sumo distinguía movimientos, un atisbo de codos extendidos, de una cabeza levantada.

El capitán MacWhirr intentaba abrocharse el botón superior de su impermeable con una prisa inusitada. El huracán, con su poder para enloquecer los mares, para hundir barcos, para arrancar árboles, para derribar fuertes muros y estrellar a las mismas aves del cielo contra el suelo, había encontrado a este hombre taciturno en su camino y, haciendo todo lo posible, había logrado arrancarle unas pocas palabras. Antes de que la renovada ira de los vientos se abalanzara sobre su barco, el capitán MacWhirr se sintió movido a declarar, en un tono de fastidio, por así decirlo:

—No me gustaría perderla.

Se le ahorró esa molestia.

VI

En un día claro y soleado, con la brisa persiguiendo su humo muy por delante, el *Nan-Shan* entró en Fu-chau. Su llegada fue advertida de inmediato en tierra, y los marineros en el puerto decían:

— ¡Mirad! Mirad ese vapor. ¿Qué es eso? Siamés, ¿no es? ¡Solo miradlo!

Parecía, en efecto, haber sido utilizado como blanco móvil para las baterías secundarias de un crucero. Una granizada de proyectiles menores no podría haberle dado a su superestructura un aspecto más roto, desgarrado y devastado; y tenía a su alrededor el aire gastado y cansado de los barcos que vienen de los confines del mundo — y ciertamente con razón, pues en su corta travesía había estado muy lejos; avistando, en verdad, incluso la costa del Gran Más Allá, de donde ningún barco regresa jamás para entregar su tripulación al polvo de la tierra—. Estaba incrustado y gris de sal hasta los topes de sus mástiles y la cima de su chimenea; como si (según dijo un marinero ocurrente) «la tripulación a bordo lo hubiera pescado en algún lugar del fondo del mar y lo hubiera traído aquí para el salvamento». Y además, excitado por la felicidad de su propio ingenio, se ofreció a dar cinco libras por él, «tal como está».

Antes de que llevara apenas una hora en reposo, un hombrecillo flaco, de nariz con la punta roja y un rostro moldeado en la ira, desembarcó de un sampán en el muelle de la Concesión Extranjera, e incontinenti se volvió para agitar el puño contra el barco.

Un individuo alto, con piernas demasiado delgadas para un estómago rotundo, y con ojos acuosos, se acercó paseando y comentó:

— Acabas de dejarlo, ¿eh? Trabajo rápido.

Llevaba un traje sucio de franela azul con un par de zapatillas de críquet sucias; un bigote gris y deslucido le caía del labio, y se podía ver la luz del

día por dos sitios entre el ala y la copa de su sombrero.

— ¡Vaya! ¿Qué haces por aquí? —preguntó el ex segundo oficial del *Nan-Shan*, estrechándole la mano apresuradamente.

— Esperando un trabajo... una oportunidad que valía la pena, me dieron un soplo —explicó el hombre del sombrero roto, con resuellos entrecortados y apáticos.

El segundo volvió a agitar el puño contra el *Nan-Shan*.

— Ahí hay un tipo que no es apto para tener el mando ni de una gabarra —declaró, temblando de pasión, mientras el otro miraba a su alrededor con indiferencia.

— ¿Ah, sí?

Pero divisó en el muelle un pesado baúl de marino, pintado de marrón bajo una funda de lona con flecos, y amarrado con cabo de manila nuevo. Lo miró con renovado interés.

— Hablaría y armaría lío si no fuera por esa maldita bandera siamesa. No hay a quién acudir, o se la haría pasar canutas. ¡El farsante! Le dijo a su jefe de máquinas —ahí tienes a otro farsante— que yo había perdido los nervios. La mayor panda de ignorantes que jamás haya navegado los mares. ¡No! No te puedes imaginar...

— ¿Te pagaron bien? —inquirió de repente su conocido de aspecto desaliñado.

— Sí. Me liquidó a bordo —bramó el segundo oficial—. «Tómese el desayuno en tierra», me dice.

— ¡El muy canalla! —comentó el hombre alto, vagamente, y se pasó la lengua por los labios—. ¿Qué tal si nos tomamos una copa de algo?

— Me golpeó —siseó el segundo oficial.

— ¡No! ¡Golpearte! ¿No me digas? —El hombre de azul empezó a agitarse con simpatía—. Imposible hablar aquí. Quiero saberlo todo. Te golpeó, ¿eh? Busquemos a alguien que te lleve el baúl. Conozco un sitio tranquilo donde tienen cerveza embotellada...

El señor Jukes, que había estado escudriñando la costa con un par de prismáticos, informó después al jefe de máquinas que «nuestro antiguo segundo oficial no ha tardado en encontrar un amigo. Un tipo con un aspecto extraordinariamente parecido a un vago. Los vi alejarse juntos del muelle».

El martilleo y los golpes de las reparaciones necesarias no perturbaron al capitán MacWhirr. El mayordomo encontró en la carta que escribió, en un cuarto de derrota ordenado, pasajes de un interés tan absorbente que dos veces estuvo a punto de ser sorprendido en el acto. Pero la señora MacWhirr, en el salón de la casa de cuarenta libras, reprimió un bostezo —quizás por amor propio—, pues estaba sola.

Se reclinaba en una silla-hamaca dorada con fondo de felpa, cerca de una chimenea de azulejos, con abanicos japoneses en la repisa y un resplandor de brasas en el hogar. Levantando las manos, echó un vistazo cansado aquí y allá a las muchas páginas. No era culpa suya que fueran tan prosaicas, tan completamente faltas de interés, desde el «Mi querida esposa» del principio, hasta el «Tu amantísimo esposo» del final. Realmente no se podía esperar que entendiera todos esos asuntos del barco. Se alegraba, por supuesto, de tener noticias suyas, pero nunca se había preguntado por qué, precisamente.

«...Se llaman tifones... Al oficial no pareció gustarle... No está en los libros... No podía pensar en dejar que siguiera...».

El papel crujió bruscamente.

«...Una calma que duró más de veinte minutos», leyó por encima; y las siguientes palabras que sus ojos distraídos captaron, en la parte superior de otra página, fueron: «veros a ti y a los niños de nuevo...». Tuvo un gesto de impaciencia. Siempre estaba pensando en volver a casa. Nunca había tenido un salario tan bueno. ¿Qué pasaba ahora?

No se le ocurrió volver la hoja para mirar. Habría encontrado allí registrado que entre las 4 y las 6 de la madrugada del 25 de diciembre, el capitán MacWhirr realmente pensó que su barco no podría vivir posiblemente una hora más en tal mar, y que nunca volvería a ver a su esposa y a sus hijos. Nadie debía saber esto (sus cartas se traspapelaban tan rápidamente), absolutamente nadie excepto el mayordomo, que había quedado muy impresionado por esa revelación. Tanto es así, que trató de dar al cocinero alguna idea

del «apuro del que nos libramos todos por los pelos» diciendo solemnemente:

—El viejo mismo tenía una opinión condenadamente mala de nuestras posibilidades.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó, con desdén, el cocinero, un viejo soldado—. No te lo habrá contado a ti, ¿quizás?

—Bueno, me dio una indirecta en ese sentido —se jactó el mayordomo.

—¡Anda ya! Lo próximo será que venga a contármelo a mí —se burló el viejo cocinero, por encima del hombro.

La señora MacWhirr echó un vistazo más allá, alerta.

«...Hacer lo justo... Objetos miserables... Solo tres, con una pierna rota cada uno, y uno... Pensé que era mejor mantener el asunto en secreto... espero haber hecho lo correcto...».

Dejó caer las manos. No: no había nada más sobre volver a casa. Debía de estar simplemente expresando un piadoso deseo. La mente de la señora MacWhirr se tranquilizó, y un reloj de mármol negro, tasado por el joyero local en 3 libras, 18 chelines y 6 peniques, tenía un tictac discreto y sigiloso.

La puerta se abrió de golpe, y una niña en el período de existencia de piernas largas y vestido corto, irrumpió en la habitación.

Un montón de pelo descolorido y más bien lacio se esparcía sobre sus hombros. Al ver a su madre, se detuvo y dirigió sus pálidos ojos inquisitivos hacia la carta.

—De padre —murmuró la señora MacWhirr—. ¿Qué has hecho con tu lazo?

La niña se llevó las manos a la cabeza e hizo un mohín.

—Está bien —continuó la señora MacWhirr lánguidamente—. Al menos eso creo. Nunca lo dice. —Soltó una risita. El rostro de la niña expresaba una indiferencia distraída, y la señora MacWhirr la observó con orgulloso cariño.

— Ve a buscar tu sombrero — dijo al cabo de un rato—. Voy a salir de compras. Hay rebajas en Linom's.

— ¡Oh, qué genial! — pronunció la niña, de manera impresionante, con tonos inesperadamente graves y vibrantes, y salió de la habitación de un salto.

Era una tarde agradable, con un cielo gris y aceras secas. Fuera de la tienda de telas, la señora MacWhirr sonrió a una mujer con un manto negro de generosas proporciones, acorazado de azabache y coronado de flores que florecían falsamente sobre un semblante bilioso y matronal. Rompieron a la vez en un rápido balbuceo de saludos y exclamaciones, muy apresuradas, como si la calle estuviera a punto de abrirse en un bostezo y tragarse todo ese placer antes de que pudiera ser expresado.

Detrás de ellas, las altas puertas de cristal se mantenían en movimiento. La gente no podía pasar, los hombres se hacían a un lado esperando pacientemente, y Lydia estaba absorta hurgando con la punta de su sombrilla entre las losas de piedra. La señora MacWhirr hablaba rápidamente.

— Muchas gracias. Todavía no vuelve a casa. Por supuesto, es muy triste tenerlo lejos, pero es un gran consuelo saber que se mantiene tan bien. — La señora MacWhirr tomó aliento—. El clima de allí le sienta bien — añadió, radiante, como si el pobre MacWhirr hubiera estado de gira por China por el bien de su salud.

Tampoco el jefe de máquinas volvía a casa todavía. El señor Rout conocía demasiado bien el valor de un buen puesto.

— Salomón dice que las maravillas nunca cesan — gritó la señora Rout alegremente a la anciana en su sillón junto al fuego. La madre del señor Rout se movió ligeramente, sus manos marchitas reposando con mitones negros sobre su regazo.

Los ojos de la esposa del maquinista prácticamente danzaban sobre el papel.

— Ese capitán del barco en el que está — ¿un hombre bastante simple, recuerdas, madre? — ha hecho algo bastante inteligente, dice Salomón.

— Sí, querida — dijo la anciana dócilmente, sentada con la cabeza plateada inclinada, y ese aire de quietud interior característico de las personas

muy mayores que parecen perdidas observando los últimos parpadeos de la vida—. Creo que me acuerdo.

Solomon Rout, el Viejo Sol, Padre Sol, el Jefe, «Rout, buen hombre» — el señor Rout, el amigo condescendiente y paternal de la juventud, había sido el bebé de sus muchos hijos, todos muertos para entonces. Y ella lo recordaba mejor como un niño de diez años, mucho antes de que se fuera a hacer su aprendizaje en unas grandes obras de ingeniería en el Norte. Lo había visto tan poco desde entonces, habían pasado tantos años, que ahora tenía que retroceder muy atrás para reconocerlo claramente en la niebla del tiempo. A veces parecía que su nuera hablaba de un hombre extraño.

La señora Rout junior estaba decepcionada.

—Mmm. Mmm. —Pasó la página—. ¡Qué fastidio! No dice lo que es. Dice que yo no podría entender cuánto había en ello. ¡Imagínate! ¿Qué podría ser tan inteligente? ¡Qué hombre más desgraciado por no contárnoslo!

Siguió leyendo sin más comentarios, con seriedad, y finalmente se quedó mirando el fuego. El jefe escribió apenas una o dos palabras sobre el tifón; pero algo le había movido a expresar un anhelo creciente por la compañía de la mujer alegre. «Si no fuera porque hay que cuidar de madre, te enviaría el dinero del pasaje hoy mismo. Podrías montar una casita aquí. Tendría la oportunidad de verte a veces entonces. No nos hacemos más jóvenes...».

—Está bien, madre —suspiró la señora Rout, despabilándose.

—Siempre fue un chico fuerte y sano —dijo la anciana, plácidamente.

Pero el relato del señor Jukes era realmente animado y muy completo. Su amigo del comercio del Océano Occidental lo compartió libremente con los otros oficiales de su transatlántico.

—Un tipo que conozco me escribe sobre un asunto extraordinario que ocurrió a bordo de su barco en ese tifón, ya sabéis, del que leímos en los periódicos hace dos meses. ¡Es la cosa más divertida! Ved por vosotros mismos lo que dice. Os enseñaré su carta.

Había en ella frases calculadas para dar la impresión de una resolución alegre e indomable. Jukes las había escrito de buena fe, pues así se sentía cuando escribía. Describía con efecto lúgubre las escenas en la entrecubierta.

«...Se me ocurrió en un instante que esos malditos chinos no podían saber que no éramos una especie de ladrones desesperados. No es bueno separar al chino de su dinero si él es la parte más fuerte. Tendríamos que haber estado realmente desesperados para ponernos a robar con semejante tiempo, pero ¿qué podían saber de nosotros esos mendigos? Así que, sin pensarlo dos veces, saqué a la tripulación en un santiamén. Nuestro trabajo estaba hecho, el que el viejo se había empeñado en hacer. Nos largamos sin quedarnos a preguntar cómo se sentían. Estoy convencido de que si no hubieran estado tan despiadadamente sacudidos, y asustados —cada uno de ellos— como para ponerse de pie, nos habrían hecho pedazos. ¡Oh! Fue bastante completo, te lo aseguro; y puedes correr de un lado a otro del Charco hasta el fin de los tiempos antes de encontrarte con un trabajo así entre manos».

Después de esto, aludía profesionalmente a los daños sufridos por el barco, y continuaba así:

«Fue cuando el tiempo se calmó cuando la situación se volvió conde-nadamente delicada. No la mejoró en absoluto el hecho de que nos hubieran transferido recientemente a la bandera siamesa; aunque el capitán no ve que haya ninguna diferencia, "mientras estemos a bordo", dice. Hay sentimientos que este hombre simplemente no tiene, y punto. Sería como intentar hacer entender a un poste de la cama. Pero aparte de esto, es un estado infernalmente solitario para un barco ir por los mares de China sin cónsules apropiados, ni siquiera un cañonero propio en ninguna parte, ni un organismo al que acudir en caso de algún problema.

»Mi idea era mantener a estos Johnnies bajo las escotillas durante otras quince horas más o menos; ya que no estábamos mucho más lejos que eso de Fu-chau. Allí encontraríamos, muy probablemente, algún tipo de buque de guerra, y una vez bajo sus cañones estaríamos bastante seguros; pues seguramente cualquier capitán de un buque de guerra —inglés, francés u holandés— ayudaría a los hombres blancos en lo que a una trifulca a bordo se refiere. Podríamos deshacernos de ellos y de su dinero después, entregán-dolos a su Mandarín o Taotai, o como sea que llamen a esos tipos con gafas que ves siendo transportados en sillas de manos por sus calles apestosas.

»El viejo no lo vio claro de alguna manera. Quería mantener el asunto en secreto. Se le metió esa idea en la cabeza, y ni un molinete de vapor podría

sacársela. Quería que se hiciera el menor alboroto posible, por el bien del nombre del barco y por el bien de los armadores, "por el bien de todos los implicados", dice, mirándome muy fijamente.

»Me enfureció. Por supuesto que no se podía mantener en secreto algo así; pero los cofres habían sido asegurados de la manera habitual y estaban lo suficientemente seguros para cualquier temporal terrenal, mientras que esto había sido un asunto totalmente diabólico del que no podría darte ni una idea.

»Mientras tanto, apenas podía mantenerme en pie. Ninguno de nosotros había tenido un respiro de ningún tipo durante casi treinta horas, y allí estaba el viejo sentado frotándose la barbilla, frotándose la coronilla, y tan preocupado que ni siquiera pensó en quitarse las botas largas.

»"Espero, señor", le digo, "que no los deje salir a cubierta antes de que nos preparemos para ellos de alguna forma u otra". No, fíjate, que me sintiera muy optimista sobre controlar a estos mendigos si pretendían tomar el mando. Un problema con un cargamento de chinos no es un juego de niños. Yo también estaba condenadamente cansado. "Ojalá", dije, "nos dejara tirarles todo el montón de esos dólares y dejar que se peleen entre ellos, mientras nosotros descansamos un poco".

»"Ahora hablas a lo loco, Jukes", dice él, levantando la vista con esa lentitud suya que te hace doler todo el cuerpo, de alguna manera. "Debemos planear algo que sea justo para todas las partes".

»Tenía un montón de trabajo entre manos, como puedes imaginar, así que puse a la tripulación en marcha, y luego pensé que me acostaría un rato. No llevaba ni diez minutos dormido en mi litera cuando entra corriendo el mayordomo y empieza a tirar de mi pierna.

»"¡Por el amor de Dios, señor Jukes, salga! ¡Suba a cubierta rápido, señor! ¡Oh, salga!".

»El tipo me metió el susto en el cuerpo. No sabía qué había pasado: otro huracán, o qué. No se oía viento.

»"El capitán los está dejando salir. ¡Oh, los está dejando salir! Salte a cubierta, señor, y sálvenos. El jefe de máquinas acaba de bajar corriendo a por su revólver".

»Eso es lo que entendí que decía el tonto. Sin embargo, el Padre Rout jura que solo entró allí para coger un pañuelo limpio. De todos modos, me metí en los pantalones de un salto y volé a cubierta a popa. Ciertamente había un buen alboroto en la proa del puente. Cuatro de los tripulantes con el contramaestre trabajaban a popa. Les pasé algunos de los rifles que todos los barcos de la costa de China llevan en el camarote, y los conduje al puente. Por el camino me topé con el Viejo Sol, con cara de asustado y chupando un cigarro apagado.

»"¡Vamos!", le grité.

»Cargamos, los siete, hasta el cuarto de derrota. Todo había terminado. Allí estaba el viejo con sus botas de mar todavía subidas hasta las caderas y en mangas de camisa; se había acalorado pensándolo, supongo. El elegante escribiente de Bun Hin a su codo, tan sucio como un deshollinador, todavía tenía la cara verde. Pude ver directamente que me esperaba algo.

»"¿Qué demonios son estas monerías, señor Jukes?", pregunta el viejo, tan enfadado como podía estarlo. Te digo francamente que me dejó sin habla. "Por el amor de Dios, señor Jukes", dice, "quítele esos rifles a los hombres. Alguien saldrá herido pronto si no lo hace. ¡Maldita sea, si este barco no es peor que el manicomio! Apresúrese ahora. Le quiero aquí arriba para que me ayude a mí y al chino de Bun Hin a contar ese dinero. No le importaría echar una mano también, señor Rout, ahora que está aquí. Cuantos más seamos, mejor".

»Lo había decidido todo en su mente mientras yo echaba una cabezada. Si hubiéramos sido un barco inglés, o si tan solo fuéramos a desembarcar nuestro cargamento de culis en un puerto inglés, como Hong Kong, por ejemplo, habría habido un sinfín de investigaciones y problemas, reclamaciones por daños y demás. Pero estos chinos conocen a sus funcionarios mejor que nosotros.

»Ya se habían quitado las escotillas, y estaban todos en cubierta después de una noche y un día abajo. Daba una sensación extraña ver tantas caras demacradas y salvajes juntas. Los mendigos miraban al cielo, al mar, al barco, como si hubieran esperado que todo hubiera saltado en pedazos. ¡Y no era de extrañar! Habían recibido una paliza que le habría sacado el alma a un hombre blanco. Pero luego dicen que un chino no tiene alma. Tiene, sin embargo, algo que es condenadamente resistente. Había un tipo (entre otros

de los malheridos) al que casi le habían sacado un ojo. Le sobresalía de la cabeza del tamaño de medio huevo de gallina. Esto habría dejado a un hombre blanco postrado de espaldas durante un mes; y sin embargo, ahí estaba ese tipo codeándose aquí y allá entre la multitud y hablando con los otros como si nada hubiera pasado. Armaron un gran alboroto entre ellos, y cada vez que el viejo mostraba su calva en la parte delantera del puente, todos dejaban de parlotear y lo miraban desde abajo.

»Parece que después de haber terminado de pensar, hizo que ese tipo de Bun Hin bajara y les explicara la única manera en que podían recuperar su dinero. Me dijo después que, como todos los culis habían trabajado en el mismo lugar y durante el mismo tiempo, calculaba que haría lo más justo posible por ellos si repartía todo el dinero que habíamos recogido a partes iguales entre todos. No se podían distinguir los dólares de un hombre de los de otro, dijo, y si le preguntaba a cada hombre cuánto dinero había traído a bordo, temía que mintieran, y que le faltaría mucho. Creo que tenía razón en eso. En cuanto a entregar el dinero a cualquier funcionario chino que pudiera encontrar en Fu-chau, dijo que bien podría metérselo todo en su propio bolsillo de inmediato, para todo el bien que les haría. Supongo que ellos también lo pensaron.

»Terminamos la distribución antes del anochecer. Fue todo un espectáculo: el mar embravecido, el barco hecho un desastre a la vista, esos chinos subiendo tambaleándose al puente uno por uno para recibir su parte, y el viejo todavía con las botas puestas, y en mangas de camisa, ocupado pagando en la puerta del cuarto de derrota, sudando como un condenado, y de vez en cuando regañándome a mí o al Padre Rout por una cosa u otra que no le parecía del todo bien. Llevó él mismo la parte de los que estaban incapacitados hasta la escotilla número 2. Sobraron tres dólares, y estos fueron para los tres culis más dañados, uno para cada uno. Después nos pusimos manos a la obra, y sacamos a cubierta montones de trapos mojados, todo tipo de fragmentos de cosas sin forma, y a las que no se les podía dar un nombre, y dejamos que ellos mismos se arreglaran la propiedad.

»Esto ciertamente es lo más parecido a mantener el asunto en secreto en beneficio de todos los implicados. ¿Cuál es tu opinión, elegante niño mimado de los vapores de línea? El viejo jefe dice que esto era claramente lo único que se podía hacer. El capitán me comentó el otro día: "Hay cosas de las

que no encuentras nada en los libros". Creo que salió muy bien parado para ser un hombre tan estúpido».

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB